

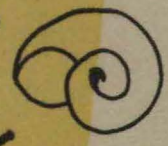
CANTICO

Homenaje

Luis\*

Cermuda

Xel 11/2/21



# CANTICO

PATROCINADO POR EL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE CORDOBA  
Y EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL

## SUSCRIPTORES DE HONOR

Excmo. Ayuntamiento de Puente Genil  
» Ayuntamiento de Moriles  
» Ayuntamiento de Bujalance  
» Ayuntamiento de Castro del Rio  
Colegio Oficial de Arquitectos de Córdoba  
Instituto Laboral de Puente Genil  
Julio Aumente Martínez Rücker  
Faustino Fernández-Arroyo Alvear  
Francisco Poyatos  
José María González del Campo  
Juan Corandell  
Miguel Aguirre  
Manuel Barbadillo  
Francisco Quesada  
Pedro Pérez Clotet  
Rafael Laffón  
José Diéguez  
José Cobos  
Pedro Saenz-López  
Justo Rodríguez  
Antonio Mazariegos  
Antonio Almeda  
Baldomero Moreno  
Diego Ruiz  
Benjamín Barrionuevo  
Mariano Giménez  
José Rodríguez  
Rafael Castejón y Martínez de Arizala  
Francisco Aguilar y Ximénez de Montilla  
Bernabé Fernández-Canivell  
Carlos Font del Riego  
Bernardo López  
José Pérez Barquero  
Antonio Herruzo  
Pedro Guerrero  
José María López  
Antonio Márquez  
Victor Escribano  
José Guerrero Guerrero  
José Ramón de la Lastra y de Hoces  
Lonjas Municipales de Contratación de Córdoba  
Xavier Criado  
Fernando Labrador  
Enrique Luque y Ruiz  
Juan de Dios Ollas Parras  
Vicente Florez de Quiñones  
Ricardo Fernández Amaro

# CANTICO

EDITADO

por

RICARDO MOLINA, PABLO GARCIA BAENA y JUAN BERNIER

NUMEROS 9 y 10

Agosto-Noviembre, 1955

II EPOCA

R. A. C.  
BIBLIOTECA  
R. \_\_\_\_\_  
I. \_\_\_\_\_  
B. \_\_\_\_\_

## LUIS CERNUDA

### EL CESAR

*Isla, en su roca escarpada inaccesible,  
Segura; sólo morada para el César, como  
El César sólo ser para morar en ella.  
En torno a las columnas adelfas y cipreses  
Mojados y olorosos; abajo el mar insomne;  
Encima el aire, el aire que no oprime  
Sobre mí. Y el clima ilimitado de un estío.*

*Todo aquí en soledad, a solas  
Como conciencia en alta noche,  
Mas libre de su angustia. Seguro  
Estoy de que la faz humana, ya insoportable  
Tiranía, no romperá esta magia.  
La ciudad está lejos, y un sueño es su memoria,  
De cuya irrealidad tranquilizado  
Soy capaz de contento todavía.*

*Conmigo estoy, yo el César, dueño  
Mío, y en mí del mundo. Mi dominio  
De lo visible abarca a lo invisible,  
Cerniendo como un dios, pues que divino soy  
Para el temor y el odio de humanas criaturas,  
Las dos alas gemelas del miedo y la esperanza.  
Pero, ¿es cierta esta calma? ¿No hay zozobra  
Entre las ramas de un puñal al acecho?*



Lejos aún está la madrugada  
Con su insomnio tenaz, o su visita  
De horribles sueños, que me cuestan  
Lágrimas y gemidos. Mas no debo  
Pensar en eso, sino mirar las rosas  
Cándidas y lascivas, como las criaturas  
Que a mi placer atienden, con delicia  
Absorbente y feroz, digna del viejo César.

Para el placer soy viejo. Quiero a veces,  
Junto a la pubertad rendida, replicarla  
Con forma tan perfecta. Todavía un impulso  
Generoso; no: mejor abatirla  
(La insolencia dorada del cabello,  
Los miembros lisos, desdenosos,  
El ágil movimiento esquivo),  
Humillarla, mientras repto por ella,  
Como babosa sobre pétalo nuevo,  
Mordiendo sin aliento, en arrebató  
De rencor placentero, de gozo degradante.

Al besar una boca, el pensamiento  
De que aquella cabeza caería  
Si una palabra digo, aun extiende  
Mi gozo más allá de sus fronteras  
Naturales. ¿Acaso al cuerpo de que se goza  
Una tortura no imponemos? ¿Un eco no es el gozo  
Corporal nuestro del instinto  
De crueldad, que adentro duerme?

Acaso no soy viejo. Algún instante  
Siento la juventud en mí, plena, sin tiempo,  
Como jamás lo fuera en su tiempo caduco;  
Juventud que valora su calidad preciosa.  
Y los años vividos no parecen  
Aminorarla, antes acrisolarla  
Por su cénit perfecto. Mas luego, en otro  
Instante, el tiempo con su apremio extrema  
La carga que doblega y que pretendo  
Arrojar. Ilusiones aun: la vida es otra cosa.

Cuando en tregua fugaz, calmados cuerpo y mente,  
Quietó bajo la lana cálida y ligera,  
A oscuras, oigo en mi yacida  
La lluvia, el surtidor, el oleaje,  
Batiendo contra el mármol o la roca,  
Resucitar parecen las aguas del pasado,  
Que vuelven y me ahogan, lentas, irreprimibles.  
¿Sería así la vida que puras me auguraban?

Si tuerce el sino de un amor primero,  
Todo es deforme entonces;  
Y acaso yo vengara largamente  
Que la razón de estado me forzase,  
Traicionando el deseo de mis entrañas  
Por el capricho lujurioso de una loca.  
Pero aun así, ¿la saciedad no acecha  
Todo, el amor y el capricho?  
¿A qué culpar de nada a nadie?

Propósitos perdidos del mozo generoso  
A quien temple y destino hostigan de consuno.  
Cuando laurel y púrpura eran gratos  
Tras hazaña de armas y de togas,  
Que las picas de hierro, el bronce de las haces  
Orillan. Cuando marfil y cedro iban  
Entre la multitud mecidos,  
Como nave entre olas, al estruendo  
De las gargantas agrias, donde suena  
La música brutal del populacho,  
Cuyo admirar y odiar ciego confunde.

El poder, ¿quién lo habrá conocido  
Como yo? En el terror de otros,  
En su codicia insinuante,  
Que asoman a los ojos, traicionando  
Asumida confianza o largueza;  
En la tácita oferta de todo el ser, en alma  
Y cuerpo, lo terreno y lo celeste,  
Pues hasta el hierofante con los dioses trafica.

El poder, ¿quién ha de conocerlo  
Como yo? El poder que corrompe  
Espíritu, como una enfermedad oculta  
Corrompe carne. Pero aun así, divino  
Es, que aislado me destina  
A ver las criaturas allá lejos,  
Lo mismo que las ve el águila en el aire.  
Grandeza corrompida que arrastra y que levanta,  
Mantiene en equilibrio este mortal residuo  
De mí existir, tan desmedido y flaco.

Mas suena sigilosa una pisada,  
La seda reticente en la cortina;  
Me obsesiona un rumor inexistente  
A toda hora. El poder no corrompe,  
Enloquece y aísla. Acecha alguno  
En el vestibulo, vintiendo en busca  
Del anillo. Mis guardas me protegen,

Que nadie pueda entrar. Acaso están vendidos.  
Tan débil yo, el poderoso, tanto,  
Que el peso de una pluma aterra a mi garganta.

Es la sangre, tanta sangre vertida;  
Su rumor, ¿no sube por los aires,  
Clamando en vano? Tanta muerte,  
De amigos y de extraños, administrada con veneno  
O con puñal; súbita asombrando  
O demorada, por mejor conocerla.  
¿Amigos, dije? Amante o familiar, extraños todos.

Cuando mis manos flácidas contemplo  
Al fuego de las hachas (ah, las brasas  
Del nuevo terremoto: rojas están, y las creta  
Yertas), que inquietan más que alumbran la nocturna  
Calma del camarín, ningún rocío de sangre  
Las colora: muertas parecen, e inocentes.

Inocentes, lavadas en su blancura vieja,  
Como las de una virgen que hilara y que rezara  
Ajena al mundo, al animal espasmo  
Emparejado. En vano las pregunto; no conocen  
Ellas ni nadie el beneficio de la sangre vertida.  
La víctima provoca al verdugo inocente,  
Y la sangre no acusa, la sangre es beneficio  
Mayor, necesaria igual que el agua es a la tierra.



# FEDERICO GARCIA LORCA

## HOMENAJE A LUIS CERNUDA

No vengo yo en este momento a esta mesa como amigo de Luis Cernuda, ni amigo vuestro, ni a ofrecer este banquete para cumplir un rito gastado ya en tantas farsas con discursitos decorados, con envidias cubiertas de veneno y lágrimas de cocodrilo. No vengo tampoco dispuesto a que mi voz se la lleve el aire para recibir en cambio, como tantas veces, una bandeja de aplausos coronada por un "muy interesante" de merengue. Yo vengo para saludar con reverencia y entusiasmo a mi "capillita" de poetas, quizá la mejor capilla poética de Europa, y lanzar un vitor de fe en honor del gran poeta del misterio, delicadísimo poeta Luis Cernuda, para quien hay que hacer otra vez desde el siglo XVII, la palabra divino y a quien hay que entregar otra vez aguas, juncos y penumbra para su increíble cisne renovado.

No me equivoco. Lo que voy a decir es verdad y está en la conciencia de toda persona sensible. La aparición del libro "La Realidad y el Deseo" es una efemérides importantísima en la gloria y el paisaje de la literatura española. No me equivoco porque para decir esto aquí yo he luchado a brazo partido con el libro, leyendo sin gana al acostarme, al levantarme; leyendo con dolor de cabeza, sacando ese poquito de odio que sentimos todos contra autores de obras perfectas; pero ha sido inútil. "La Realidad y el Deseo" me ha vencido con su perfección sin mácula, con su amorosa agonía encadenada, con su ira y sus piedras de sombra. Libro delicado y terrible al mismo tiempo, como un clave pálido que manara hilos de sangre por el temblor de cada cuerda. No habrá escritor en España, de la clase que sea, si es realmente escritor, manejador de palabras, que no quede admirado del encanto y refinamiento con que Luis Cernuda une los vocablos para crear su mundo poético propio; nadie que no se desprenda de su efusiva lírica gemela de Bécquer y de su capacidad de mito, de transformación de elementos que surgen en el bellissimo poema. El Joven Marino con la misma fuerza que en nuestros mejores poetas clásicos. Entre todas las voces de la actual poesía, llama y muerte de Aleixandre, ala inmensa en Alberti, lirio tierno en Moreno Villa, torrente andino en Pablo Neruda, voz doméstica extrañable en Salinas, agua oscura de gruta en Guillén, ternura y llanto en Altolaguirre, por citar poetas distintos, la voz de Luis Cernuda erguida suena original, sin alabradadas ni forzos para defender su turbadora sinceridad y belleza.

La pluma que dibujó los primorosos mapas de los árabes, la que inventó las clavellinas y negras mariposas en las cintas de los niños muertos, la pluma que ha escrito con sangre una carta de amor sobre la que después se ha escupido, la que ha copiado con amor un torso de Apolo en la agonía de los institutos, pluma de pena y frenesí de

roco, es la que ha sostenido entre sus dedos Luis Cernuda mientras oía la voz que dictaba "La Realidad y el Deseo".

Desde que el poeta canta en 1924:

*Va la brisa reciente  
por el espacio esbelta.  
Y en las hojas cantando  
abre una primavera.*

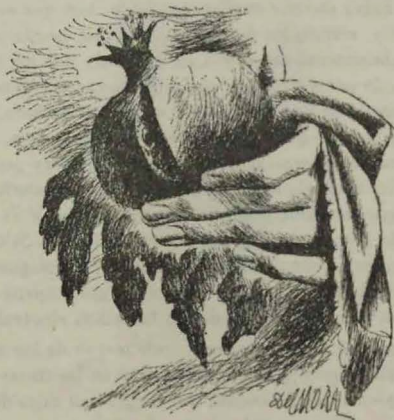
empieza un duelo con sus tritezas, con su triteza de sevillano profundo, duelo elegantísimo, con espadín de oro y careta de narcisos; pero con miedo y sin esperanza, porque el poeta cree en la muerte total. Este duelo sin esperanza de paraíso, que hace que el poeta quiera fijar eternamente los hombros desnudos de un navegante o una momentánea cabellera, anima todas sus páginas, hasta que al fin cae victoriosamente rendido,

*Fortalecido estoy contra tu pecho  
y augusta piedra fría,  
bajo tus ojos crepusculares,  
¡oh madre inmortal!*

en el grave himno de la "Tristeza", uno de los últimos de "La Realidad y el Deseo".

No es hora de que yo estudie el libro de Luis Cernuda, pero sí es la hora de que lo cante. De que cante su esperar inútil, su impiedad, y su llanto, y su desvío expresados en norma, en frialdad, en línea de luz, en arpa.

No me equivoco. No nos equivocamos. Saludemos con fé a Luis Cernuda. Saludemo a la "Realidad y el Deseo" como uno de los mejores libros de la poesía actual de España.





## VICENTE ALEIXANDRE

### LUIS CERNUDA DEJA SEVILLA

A Luis Cernuda le conocí en Madrid, en mi casa de la calle de Velintonia. Estaba yo ordenando unos libros, en una habitación donde los había dispersos por algunos estantes, cuando oí la voz que me lo anunciaba: "Luis Cernuda". Volví la cabeza y allí estaba, en el marco de la puerta: silencioso, enlutado, fino. Era en 1928. Yo sabía de Luis Cernuda que era el autor de un libro de poesía aparecido el año anterior: *Perfil del Aire*. Que era de Sevilla y vivía allí, en la ciudad exhalada, en una callecita que, si no ahora, se había llamado así: calle del Aire. Sutil y densísimo, ese primer volumen de poemas estaba ahí, en esa tabla, al lado justo de la figura que en ese momento se adelantaba. Nos sentamos y empezamos a hablar. Tenía el pelo negro, de un negro definitivo, partido en raya, con hebra suelta y lisa sobre su cabeza. La tez, pálida; escueta la cara, con el pómulo insinuado bajo la piel andaluza. Dominaban allí unos ojos oscuros y un poco retrasados, tan pronto fijos, tan pronto vagos y absolvedores. Le ví con ellos recorrer las cosas, como si las estuviese mirando pasar en una corriente, mientras oía su voz, con dejo sevillano serio, modular unas breves palabras amistosas. Habíamos nacidos los dos en Sevilla; pero Sevilla para mí fué el relámpago de mi nacimiento. Para él era su niñez y su primera juventud. Acababa de perder a su madre y abandonaba su ciudad natal, este sevillano recóndito, para pasar por Madrid, cruzar la frontera y aposentarse en Toulouse, donde sería por un año lector de español en su Universidad. Era la hora última del atardecer, y la ventana daba a Poniente. Al fondo, la azulada masa de la Sierra, casi vaporosa bajo un cielo de luces increíbles. Delante, las largas tierras de la Moncloa, apenas movidas, llanas, todavía precisas hasta el confín. Como dos poetas jóvenes que se ven por vez primera, hablábamos de poesía, de libros, de poetas...

Yo le preguntaba por los que serían sus compañeros, por los que lo eran ya. Entre ellos hallaría luego algunos de sus mejores amigos. "¿Conoces a Prados? ¿Y a Federico? ¿Y a Rafael Alberti? ¿Y a Altoaga-guirre?"... A varios los había entrevistado en su Sevilla, quizá de lejos, en fugaz ocasión. El, más joven que casi todos, esperaba su hora, con elegancia silenciosa, en la que destellaba el resplandor de sus primeras poesías. Usaba de pocas palabras al hablar, y su rostro, a la impresión inicial, ofrecía una reserva que no ofendía, porque parecía llena de delicadeza para el interlocutor. Dijo unas frases sobre "Litoral", la bella revista poética de Málaga, acendrada expresión andaluza de lo que después se ha llamado generación de 1925. La que había editado su primer libro, como los de algunos camaradas suyos de promoción. Luis no había estado en Málaga todavía, pero recuerdo, yo, de infan-

cía toda malagueña, un rebrillo en aquel instante por sus ojos que parecía el presentimiento de la luz de aquella ciudad, y la sonrisa confusa que lo coronaba. Han pasado muchos años y releendo una composición suya muy posterior, el que yo creo poema del "Cementerio Inglés" de Málaga, ¡qué bien reconozco lo que no se nombra y está allí: la celosa puerta de hierro, el jardín recogido de la Caleta y el alma que lo atraviesa y lo barre!

*Por la costa del sur, sobre una roca  
Alta junto a la mar, el cementerio  
Aquel descansa en codiciable olvido,  
Y el agua arrulla el sueño del pasado.*

*Desde el dintel, cerrado entre los muros,  
Huerto parecería...*

Luis se puso de pie y dió un paso. Apoyado en la biblioteca, con su mano delgada estaba repasando las primeras hojas de un libro: el suyo. Pero apenas lo miraba. Se detuvo y con su pluma trazó una dedicatoria: una caligrafía esbelta, de letras separadas, como una suma de rasgos verticales, en pie, que se congregasen. Firmó. Levantó los ojos con lejanía y afecto. Vestido de negro, bajo de color el rostro, fina la figura, anduvo casi sin pesar, como si al marchar recogiese todo lo suyo para que debidamente no molestase. Una última sonrisa amistosa, en el umbral, dejó ver, un momento, una tierra ancha, con sol, bajo un cielo confiado. "Hasta pronto, Vicente". Y se cerró la puerta.

Muchos años después volví a despedirle, otra vez en el umbral. Todavía estoy viendo su rostro enjuto, su gesto responsable y serio y oyendo los pasos que se alejaban. Entonces no sonó ninguna puerta. Era en un campo abierto, el de su tierra extensa, y la planta última que él dejó parece la huella misma de su regreso. Yo le pienso siempre entrando, sentándose aquí, en la misma habitación y poniendo su mirada sobre las cosas como si las estuviera viendo pasar en una corriente.

# MANUEL ALTOLAGUIRRE

A LUIS CERNUDA

(Homenaje en dos voces)

El poeta que llora por ser más que un hombre; el amante desvelado que, como quien espera el alba, contempla la realidad interrogante y nos confiesa que sus deseos son también preguntas; el autor de "La Realidad y el Deseo", libro de poemas desde donde se lanza el más desesperado lamento que poeta alguno levantara ante Dios y contra sus demonios; Luis Cernuda, el poeta que tiene gran razón para su orgullo, dijo una vez:

*Canción mía, ¿qué te doy  
si alma y vida son ajenas?*

El poeta se cree sin vida y sin alma porque nunca conoció otra libertad que la de estar preso en alguien, en la criatura que le hizo negar a la muerte, ("Si vivo sin conocerte no muero porque no he vivido"), y porque escuchó la voz de la serpiente insidiosa:

*Ha sido la palabra tu enemigo:  
por ella de estar vivo te olvidaste.*

Y, sin embargo, cuando de este poeta no quede más que el nombre, será su nombre, nacido en una luz tan alta, el que dé vida y alma a quienes tengan la fortuna de leerle. No conozco poesía más clara que la suya. Calderón le trasmite su acento sencillo, Garcilaso le interrumpe la voz propia, San Juan de la Cruz le ilumina la música, y Becquer le acompaña en los largos silencios. El alma de Luis Cernuda, la que cree negarle a su canción por tenerla presa en alguien, es una legión de almas. Su voz, la palabra de sus ojos, la palabra de su sueño, rescata para sí las mejores voces de la gran poesía española, siendo su verso fabuloso la expresión tal vez más completa de una patria ideal con la que combate y por la cual se salva.

En este homenaje a Luis Cernuda, busqué en mí mismo las palabras de sus libros, y con ellas dije a dos voces el elogio de su poesía entrañable, que estaba en mí como un olvido dentro de un olvido, y que permanecerá profunda y secreta para darme doble voz angustiada cada vez que los recuerdos suyos me despierten.

# JOSE MARIA PEMAN

## SONETO A LUIS CERNUDA



*Me ha quedado leyéndote un rocto  
de palabras con tallos tan sangrantes,  
tan húmedas de ti, tan suplicantes  
de compañía, que pareces mío.*

*Mío tu canto, mío el desvarío  
de tu decir tan tuyo, y tus rodantes  
versos delgados, míos como guantes  
de tu piel amparándome del frío.*

*Se me ha puesto a latir a tus compases  
el pulso musical. Dulce y pequeño  
me escondo en rosas para que tú pases.*

*Me arrebató, leyéndote, tu empeño...  
¿Qué viento hay en tu voz para que arrases  
mi sueño así para sembrar tu sueño?*

## ADRIANO DEL VALLE

### OSCURA NOTICIA DE LUIS CERNUDA

Tristeza, olvido y nostalgia, silenciosa impasibilidad ante los contronazos de la vida, elegancia recatada, timidez ostensible, ilesa, entre la memoria apolillada del tiempo pasado. He aquí la oscura evocación de aquel finísimo y sobrenatural cantor que, en sus horas de tedio, destestaba de sí propio, de su familia, de sus amigos, de sus nativos orígenes.

Esto aconteció en Sevilla, en la Sevilla del aire y de las nubes que él cantara, haciéndola pedestal marmóreo de sus rimas, convirtiéndola en ruinas cesáreas para las hornacinas del ensueño.

Luis Cernuda, podríamos decir, o la indolencia serenamente creadora. Le recuerdo a viva voz, con una expresión: casi balbuciente, sumergido en un lirismo susurrado que apenas si parecía un soplo del tibio aire crepuscular, allá en el laberinto vegetal del Alcázar del Rey Don Pedro. Y aquella geométrica jardinería era fiel a su verso nostálgico, reverdecido y joven, aunque Luis ya mostrara en su alma más ceniza que recoldo, como si la antorcha del vivir hubiese llegado a sus manos sin la llamarada de su primer fuego, casi extinta ya. De ahí su declive vital, pues siendo hijo del fuego de los dioses recibió en herencia un patrimonio de cenizas. Así era la frágil eternidad de lo que pudiera llamarse en su obra resíduo del tiempo, es decir, la sombra y el sol de los días, humo, ceniza, espejismos, vilanos, nada.

Ningún otro poeta de su tiempo vivió en Sevilla aislado en más áspera y hermética soledad. Aparecía ante nosotros y desaparecía en un santiamén, limpiamente, reinando en secreto, manejando los resortes del tiempo como un caballero ilusionista que habitase la galería de sus cien espejos engañosos. Gran época de oro para los poetas sevillanos, con el hueco reciente de Pedro Salinas en el ámbito de una cátedra cuyo tornavoz recogía después el eco magistral de las lecciones de Jorge Guillén. Luis Cernuda pudo gozar de entrambos magisterios universitarios.

Su padre era coronel de un Regimiento de Ingenieros de la guarnición sevillana. La austeridad castrense de su hogar se reflejaba en el tono de su convivencia con los amigos. Cada cual en su línea jerárquica, según el número de estrellas que cada uno luciera en la bocamanga ideal de su propia juventud. Los mayores que él, nos sentíamos alegres alféreces de la amistad, cuando Luis, con edad de cadete en sazón de jurar la bandera de la Poesía, elevaba la seriedad de su espíritu a la graduación de coronel.

Su poesía tenía un acento levemente nórdico, fijamente becqueriano y hacía buenas amistades con los rehenes del tiempo fugaz, del tiempo que él no había podido vivir todavía, con el desasimiento de los bienes terrenales, con el hastio de lo cotidiano, con el desdeseño

aislamiento del cisne y con todas las inconformidades que iba inventando minuciosamente en sus poemas.

Aún recuerdo su última casa sevillana. Estaba situada en la calle Mármol, así llamada por unos grandes monolitos itálicos que yacían tumbados en un ancho solar de su perímetro urbano, rodeados del elegante jaramago, todo con cierto aire de arqueología abandonada.

De esa casa que visité una sola vez, recuerdo el clarísimo patio de mármol, si la oscura memoria infiel no lo trabuca con el de la casa de Eduardo Lloset, con su espléndido columnario, a cuyo patio llamaba yo «La Roma cuadrada de Sevilla». Y en esa casa se dividió el patrimonio familiar de Luis Cernuda y él pasó a vivir sus últimos hispanenses instalándose en una pensión de la calle Rosario. Allí le veíamos Fernando Villalón y yo, sus amigos más constantes. Y desde allí salimos un día con él hacia la estación de San Bernardo, acompañándole en el momento de desarraigarse de Sevilla para siempre, despidiéndole en su viaje a Madrid con escala en Málaga a donde marchó para entrevistarse con Emilio Prados, Manuel Altolaguirre, José M.<sup>a</sup> Hinojosa, Muñoz Rojas y Bernabé Fernández Canivell. Antes hubo un curioso episodio romántico a cargo de Luis y la dueña de la pensión, una viuda otoñal, enamorada tardía e insegura del poeta. Fuimos con él a comprar unas flores para su malogrado amor.

Su primer libro, «Perfil de aire», apareció el año 1927 y al año siguiente fué cuando se marchó de Sevilla, no volviéndole a encontrar hasta el año 1928, ya en Madrid, en la Librería de León Sánchez Cuesta, en la calle Mayor, 4. En el curso de los años 1928-1929, fué lector de español en la Universidad de Toulouse. Nada supe de Luis Cernuda hasta el mes de agosto del año 1934. Yo vivía en Huelva y él estaba recorriendo España con las Misiones Pedagógicas. Un día inesperadamente, se presentó en mi casa. Merendó conmigo y con mi mujer. El autobús de las Misiones adscrito a su servicio se marchó a Moguer, con Arturo Serrano Plaja, según me dijo Luis, y él prefirió pasar la tarde con nosotros. Pero la pasó, como de costumbre, silenciosamente. Observador callado, meditativo, correcto, ensimismado poblador aéreo de su secreta nube, de ese meteoro que le solía envolver transparentemente y apenas si era advertido por nadie durante su silencioso divagar. Allí tenía silencio de gusano de seda que tejiese su cápsula aisladora, de gasano fosforescente, de luciérnaga extraviada en la sombra, de mariposa sordomuda. Silencio de arácnido, silencio pendular, oscilante, casi de gota de agua ahilada a punto de caer o de crisálida naciente en el misterio de su metamorfosis. Ya entonces usaba monóculo y este pormenor de elegancia centroeuropea trasnochada acentuaba aún más la estricta corrección de sus finos modales suntuarios. Porque la creencia usual es la de que no es posible proceder incorrectamente al observar el mundo a través del cristal inquisitivo del monóculo, esa especie de Ojo de Divinidad venido a menos, que todo lo presidía en él, desde su traje, de corte impecable, a su corbata cuidadosamente elegida, con visos de claro de luna; desde sus guantes amarillos, como desinfladas manos de dioses mutilados, al charolado nocturno de sus zapatos.

Después, he meditado largamente sobre el ocio creador del poeta, sobre ese ocio heroico crecido a orillas de la miseria humana, en las márgenes de esa concepción utilitaria del tiempo perdido contemplativamente, aunque ganado para su obra, en el gana-perde azaroso de las nubes, con el cubilete de los dados, lleno de estrellas, en la mano nocturna del viento. Luis Cernuda, ya en Méjico, nos lo expresa así, bellamente: "Mirar. Mirar. ¿Es esto ocio? ¿Quién mira el mundo? ¿Quién lo mira con mirada desinteresada? Acaso el poeta, y nadie más. En otra ocasión has dicho que la poesía es la palabra. ¿Y la mirada? ¿No es la mirada poesía? Que la naturaleza gusta de ocultarse, y hay que sorprenderla, mirándola largamente, apasionadamente. La mirada es un ala, la palabra es otra ala del ave imposible. Al menos, mirada y palabra hacen al poeta. Ahí tienes el trabajo que es tu ocio: quehacer de esperar el advenimiento de la palabra.

Ahora, levántate y marcha a la playa. Por esta mañana ya has trabajado casi suficiente en tu ocio."

Y el ocio de Cernuda es deliciosamente, hermosamente melodioso. Oigámosle cantar, evocar las violetas, no disecadas, como pequeñas flores bibliográficas, sino vivas, fresquísimas, enervantes:

*"Leves, mojadas, melodiosas,  
su oscura luz morada insinuándose  
tal perla vegetal tras verdes valvas,  
son un grito de marzo, un sortilegio  
de alas nacientes por el aire tibio.*

*Frágiles, fieles sonrien quedamente  
con muda incitación, tal la sonrisa  
que brota desde el fresco labio humano.  
Mas su forma graciosa nunca engaña;  
nada promenten que después traicionen.*

*Al marchar victoriosas a la muerte  
sostienen un momento, ellas tan frágiles,  
el tiempo entre sus pétalos. Así su instante alcanza,  
norma para lo efímero que es bello,  
a ser vivo embeleso en la memoria."*

Difícilmente podría recordar a otro poeta de más exquisita probidad en su trato de relación con los amigos. De los tímidos podría ser el Reino de los Cielos, y Luis Cernuda era un tímido sobrenatural en su máxima potencia. Y la timidez es una coraza angélica contra el cerco del mundo y sus asechanzas.

Siempre adiviné una infancia entristecida en Luis Cernuda, una especie de desengaño mental representado entre cortinas. Pero ahí están sus versos, como puro lenguaje de un alma patética que habla para el futuro, sin otra clave que la de su dantesco sufrimiento; clamando por su salvación, para ser oída, inmarcesiblemente, allá lejos, en el fondo oscuro de los siglos.

# JULIO AUMENTE

## HOMENAJE A LUIS CERNUDA

*Luis sobre las nubes,  
águila sin Olimpo,  
alas de un viento frío  
verso tu sangre llega.*

*Desesperar soñando,  
brillar gris plomo lluvia  
ojos verdes o dunas  
corsario mar sombría.*

*Abierto en ti el sonido  
de un verso flor corola  
tú te sabes vereda  
para una huella esbelta.*

*Hay montañas azules,  
hondas quebradas, valles  
por donde tu mirada  
sigue un arroyo y vuela.*

*Sólo mirar, no dice,  
nada reprocha, mira  
a través de los bosques,  
planos cielos alcanza.*

*Viene noviembre. Ascende  
por la musgosa escala  
un año más. Tú sabes  
de todos fiel memoria.*

*Rojo poniente incendia  
algas verdes, columnas  
atraviesa el Océano  
campana de aire muerto.*

*Tal tu verso frío dardo  
tiembla en un punto y hunde  
agudo filo hondo  
carne o rubí traspasa.*

*Un suelo de alas sirve  
para tus pies, camino,  
que fuiste. Ahora gatas  
guardián en propios cielos.*



# JOSE ANTONIO MUÑOZ ROJAS

## RECUERDO DE LUIS CERNUDA

Vivía por la plaza de Bilbao. Un día, —¿quién fué? ¿cuándo?— alguien me dijo:

—Vamos a ver a Luis Cernuda.

Luis Cernuda era en nuestra imaginación el solo habitante de una Andalucía de delicia y de encanto por él compuesta, bella e indolente, desceñida y en descuido. Tras él aparecía una Sevilla de frescor y claridad, muy fina y temblorosa.

Nos citamos en no sé qué café. Ahora recuerdo que creo que le íbamos a pedir poemas para nuestra revista que entonces y todavía —oh prodigio— era «Nueva Revista». Allí estaba el sevillano, afilado en su vestimenta, dominado el talante, recortado en las palabras y breve. No sé porqué, desde el primer instante, remoto. No exactamente cordial tampoco, algo seguro de un secreto que sólo él sabía y no decidido en lo demás. No entreveraba las afirmaciones. Si en algo le aparecía el encendimiento era al referirse a la poesía. Y allí le salía el desprecio a los que creía enemigos de ésta. Resplandecía en él una soledad de la que nunca lo ha separado después mi recuerdo. Solo en su Sevilla, solo aquí, solo en Glasgow, solo dondequiera pero con su secreto y conocimiento en la poesía. Un solitario al que siempre inevitablemente comparaba otro gran solitario, pero de soledades distintas, tan fino como él: Pedro Espinosa, «libre si ligero». Mis recuerdos se esfuman enteramente. La indolencia, la finura, un escape continuo a países mejores, la entrega a lo libre, vagabundo por andalucías sin trivialidad ni localismo, siempre en la línea de lo sevillano mejor, la de Medrano y Rioja, de lo andaluz desprendido. Otra veta le salía a lo nórdico. ¿No fué el primero y con su fuego en hablarnos de Holderlin?. Esta referencia nos hacía pensar en esa secreta comunicación que la poesía mantiene entre sus zonas en apariencia más distantes. La gracia grave, melancólica y cargada, el verso como una nube ceñida, no sé qué calidad de cristal, dura, transparente, fría y capaz a un tiempo de reflejar encendimientos. Exilado de siempre en sus mundos, nostálgico de toda la vida del país de su imaginación, «Tu sueño y tu recuerdo ¿quién lo olvida?». Traspasado por uno y por otro «tal puñal fino y seguro», regresador constante en su verso a ese mundo, suspendido en el aire, vate desde primero con aquel grito que tan prolongadamente nos sonaba en aquellos años y que sigue todavía encandilándonos.

*Tal vez mi lentos ojos no verán más el sur.*

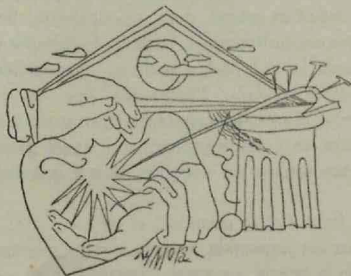
Poeta de un sur imposible, vedado a todo intento de alcanzarlo que no sea el de la poesía, su poesía cristal también a través del que se ve todo y por el que nada se toca sin romperlo.

# FERNANDO QUIÑONES

## EL DESPECHADO

*Historia de un poeta*

QUIEN lo cifraba todo en el encanto  
de la pureza oyó a la muerte un día.  
Por la luz, en los cuerpos, las corolas  
de la muerte velaban su ademán,  
su azul historia tácita y antigua;  
era como un reflejo clareando  
en lo escondido de las flores, raya  
oscura en el relámpago de un beso,  
en los colmados vértices de Abril.  
Y se escuchó las manos y los límites  
de la materia hermosa, su honda y única ley.  
Y se sintió morir con la caduca  
gracia de cuanto existe. Todavía  
le aseguraba el corazón: "No es tarde.  
Hazme sobrevivir y la he vencido".  
Mas no lo pudo oír porque ya estaba  
perdido para siempre de pavor y deseos,  
prisionero de amor y encono juntos  
para mientras viviese. Desmedido  
hijo del resplandor, la sombra lo asumía.  
Ya no pudo seguir soñando.  
Sonaba el viento por las vides nuevas.



## JOSE LUIS CANO

### NOTAS SOBRE EL TEMA DEL AMOR EN LA POESÍA DE CERNUDA

En todas las épocas, ayer como hoy, como seguramente mañana, la gloria y el tormento del amor, su *aguda espina dorada*, que decía Antonio Machado, han sido y serán siempre el tema que ha arrancado a los poetas su más honda melodía, su más enloquecida queja, o su grito más enajenado de dicha. De antiguo se ha considerado el amor como uno de los tres o cuatro grandes temas, universales y eternos, de la Poesía, junto al tema de la muerte y al de la soledad. Bécquer llegaba a más: a identificar amor y poesía, cuando escribe estas palabras: "La poesía es el sentimiento, pero el sentimiento no es más que un efecto, y todos los efectos proceden de una causa más o menos conocida. ¿Cuál lo será? ¿Cuál podrá serlo de este divino arranque de entusiasmo, de esta vaga y melancólica aspiración del alma que se traduce al lenguaje de los hombres por medio de sus más suaves armonías, sino el amor?" (1). Y el gran Lope no pensaba de modo distinto al escribir en *La Dorothea* estas palabras: "Los mejores poetas que ha tenido el mundo, al amor se los debe".

Los versos más hermosos de toda la poesía española, han sido inspirados por el amor —el amor como anhelo, como realidad, dichosa o triste, como nostalgia y recuerdo—, desde nuestros poetas más antiguos hasta los de nuestro Renacimiento —un Garcilaso, un Lope, un Villamediana—, desde los románticos —Bécquer, Espronceda— hasta los de nuestros días. Piénsese lo que quedaría de la poesía de un Garcilaso o un Bécquer si tuviéramos que suprimir de ella todos los versos de amor. Y es que la obra de estos poetas, de estos y de otros, no es sino la historia de una pasión o de varias pasiones: historia más atormentada que fe-

liz, más sombría que dichosa. Si el poeta la lleva a sus versos, haciéndola así eterna, es acaso porque su alma no puede resistir a veces el peso de esa pasión, que desgarrar y destruye. Aunque la poesía sea, como afán de liberación de la espina amorosa, un vano espejismo. Su herida no se cierra porque cantemos, recordando sus labios o sus honduras, sino sólo cuando el amor muere, cuando el olvido viene a curarla, grabando en el sitio donde se abría, una melancólica cicatriz.

Pero sería un error creer que esa manera extremada y trágica de sentir el amor y de expresarlo, sea privilegio de la época y la poesía romántica. Una gran parte, casi toda la poesía romántica española, suena a falsa, a vacía retórica, precisamente por el ademán preconcebido de angustiado y desesperado del poeta, lo cual no quiere decir necesariamente que el sentimiento en ellos sea falso, sino que lo es su expresión, por exagerada y tópica, al igual que ha ocurrido en nuestros días con el llamado tremendismo poético, tras cuyo agitar violento de brazos o de frentes, solía respirar tranquilo y sosegado el corazón del poeta.

No, el amor sentido trágicamente como honda pasión devastadora, no es en modo alguno privilegio de una época. Pues el sentimiento romántico del amor—aunque tal calificación se presta a equívocos—ha existido en todos los tiempos y en todas partes. Sólo que únicamente muy pocos poetas, de inconfundible sello romántico, aunque de épocas distintas, han sabido expresarlo con verdad y hondura, con transparente fuego. Gustavo Adolfo Bécquer fué uno de esos poetas cuyos versos quemaban todavía, tal fué el incendio amoroso que devoró su alma. En Bécquer, el amor es llama abrasadora, *ancha herida mortal*. La hondura de ese sentimiento está expresada en sus *Rimas* con una autenticidad y una fuerza que en vano se buscarán en la poesía de las gene-

(1) Para el amor en Bécquer, véase Luis Cernuda: *Bécquer y el romanticismo español*, Cruz y Raya, núm. 26 y Luis Felipe Vivanco, *Música celestial de Gustavo Adolfo Bécquer*, Cruz y Raya, núm. 19

raciones siguientes, en la generación modernista, por ejemplo, que, si canta el amor, lo hace sin demasiado fuego, con más delicadeza y melancolía que pasión, con más retórica que alma. Hay que llegar a los grandes poetas de la generación de 1927, sobre todo a Lorca, a Aleixandre, a Cernuda, para encontrar de nuevo ese sentimiento trágico del amor, ese fatalismo amoroso para el cual amor es gloria y éxtasis, pero también muerte y destrucción.

*Amor de mis entrañas, viva muerte*

dirá Federico García Lorca. Y exclamará Vicente Aleixandre:

*¡Ven, ven muerte, amor, ven pronto, te destruyo!*

Y Luis Cernuda confesará:

*Quisiera saber por qué esta muerte al verte.*

En su hermoso ensayo sobre Bécquer (2), nos ha dejado Cernuda su concepción del amor, al analizar la pasión amorosa del poeta de las *Rimas*: "Un agudo puñal de acerados filos—nos dice en esas páginas reveladoras—, alegría y tormento, es el amor; no una almiarada queja artificiosa". Y más adelante nos habla de "la terrible realidad amorosa, viva y atormentada, que se levanta tras la mayor parte de sus *Rimas*. Allí, no debemos dudarle, palpita el eco de un gran amor amargado y cumplido". "¿Poeta del amor Bécquer? Sí, sin duda, si vemos el amor no como un vago e impreciso sentimiento que unas pocas lágrimas descargan de su pesar, y en cualquier cuerpo se olvida. Pero hay una pasión horrible, hecha de lo más duro y amargo, donde entran los celos, el despecho, la rabia, el dolor más cruel". Sí, ese es el amor que sintió Bécquer, y ese es también el que, no pocas veces, se alza—alegría, tormento—de la poesía de Cernuda.

—:—

El tema del amor es una constante en la poesía de Luis Cernuda, desde su libro inicial, *Perfil del aire*, hasta sus libros últimos, *Las Nubes* y *Como quien espera el alba*. Ciertamente en éstos, la pasión del amor cesa de ser el motor

(2) Ver nota n.º 1.

principal de inspiración, dejando paso al sentimiento nostálgico de la tierra nativa y a otros temas menos personales, menos vividos por el corazón del poeta. Pero aún en ellos, el recuerdo del amor y de sus inefables o amargas horas, colorean no pocas veces sus versos, prestándoles un aroma punzante y melancólico. Es en un poema de *Como quien espera el alba*, donde Cernuda confiesa que el amor fué siempre el pretexto y el motivo de su canto:

*...Nunca han de comprender que si mi lengua  
al mundo cantó un día, fué amor quien la inspiraba.*

*(A un poeta futuro)*

Y en otro poema—de su libro *Los placeres prohibidos*—que es una patética confesión de su destino amoroso, escribe estos hermosos versos:

*Libertad no conozco sino la libertad de estar preso  
cuyo nombre no puedo oír sin escalofrío; [en alguien,  
alguien por quien me olvido de esta existencia mez-*

*]quina,  
por quien el día y la noche son para mí lo que quiera,  
y mi cuerpo y espíritu flotan en su cuerpo y espíritu,  
como leños perdidos que el mar anega o levanta,  
libremente, con la libertad del amor,  
la única libertad que me exalta,  
la única libertad por que muero.*

*(Si el hombre pudiera decir)*

Pero el amor en el alma del adolescente comienza siendo un deseo indeciso, un vago afán aun sin nombre. En el libro inicial de Cernuda, *Perfil del aire*, el amor es todavía ese vago afán inconcreto, esa rumorosa melancolía, esa dulce desazón. El poeta ama el amor, lejano paraíso desconocido, al que el misterio mismo de su lejanía presta un halo mágico de gloria:

*Vivo un solo deseo,  
un afán claro, unánime;  
afán de amor y olvido.*

Pues sabe el poeta que "el amor mueve el mundo", y anhela ceñir con sus brazos, el cuerpo vivo y puro del amor:

*Quiero como horizonte  
para mi muda gloria  
tus brazos que ciñendo  
mi vida la deshojan.*

En un poema de un libro posterior, *Donde habite el olvido*, recordará Cernuda esa actitud adolescente del deseo que se yergue hacia el aire buscando la imagen del amor:

*Cuando la muerte quiera  
una verdad quitar de entre mis manos,  
las hallará vacías, como en la adolescencia,  
ardientes de deseo, tendidas hacia el aire,*

Pero es en su primer libro importante, *Los placeres prohibidos*, (el anterior, *Un río, un amor*, señala la contribución de Cernuda a la boga surrealista del momento), donde se muestra ya en todo su dramatismo aquella concepción del amor como pasión devastadora, como profunda herida luminosa, envenenada flecha en el pecho del amante. No en vano recuerda Cernuda en el ensayo citado, los versos de Bécquer:

*Como se arranca el hierro de una herida  
su amor de las entrañas me arranqué,  
aunque senti, al hacerlo, que la vida  
me arrancaba con él.*

Y estos otros de Baudelaire:

*Tot qui, comme un coup de couteau  
dans mon coeur plaintif est entré.*

En *Los placeres prohibidos*, la pasión del amor no es ajena a esos sentimientos de despecho, rabia y dolor cruel que Cernuda atribuía a algunas Rimas de Bécquer. El deseo es a veces como una maldición inscrita en el pecho del amante, que no sabe cómo apagar su quemadura. Toda una serie de terribles poemas de este libro expresan los relámpagos heridores de ese reino implacable del deseo. Pues si el deseo es a veces

*.....una pregunta  
cuya respuesta no existe,  
una rama cuya hoja no existe,  
un mundo cuyo cielo no existe*

siempre

*el deseo se yergue sobre los despojos de la tormenta  
cuando el sol se pone en las playas del mundo.*

Un reino brillante, una larga herida luminosa es el deseo:

*ante el puñal radiante del deseo  
sin el nimbo radiante del deseo*

Ese anhelar el cuerpo adorado es la vida misma del amante, pero también incendio súbito, nacida muerte:

*Un roce al paso,  
una mirada fugaz entre las sombras,  
bastan para que el cuerpo se abra en dos,  
ávido de recibir en sí mismo  
otro cuerpo que sueñe*

(No decía palabras)

*Unos cuerpos son como flores,  
otros como puñales,  
otros como cintas de agua;  
pero todos, temprano o tarde,  
serán quemaduras que en otro cuerpo se agranden,  
convirtiendo por virtud del fuego a una piedra en  
un hombre*

(Unos cuerpos son como flores)

Una expresión tan extremada del poder del deseo y de sus efectos, ¿no es signo de un corazón romántico necesitado de poesía? La poesía de Cernuda es de sello inequívocamente romántico, como vio, el primero, Pedro Salinas (3). Y es tema este que merece un estudio a fondo, que aquí no podemos intentar.

—:—

La misma concepción del amor asoma en otro libro de Cernuda, cuyo título está tomado de un verso de Bécquer: *Donde habite el olvido*. "¿Qué queda de las alegrías y penas del amor cuando éste desaparece?—pregunta el poeta en unas líneas iniciales. Y se contesta: Nada o peor que nada; queda el recuerdo de un olvido. Y menos mal cuando no lo punza la sombra de aquellas espinas; de aquellas espinas, ya sabéis. Las siguientes páginas son el recuerdo de un olvido". Es este un libro capital de Cernuda, y quizá el más profundamente romántico, el más fatal de todos sus libros. Mientras en *Los placeres prohibidos* reina el deseo con su "nimbo radiante" y su puñal luminoso, *Donde habite el olvido* es el libro del fin del amor, de esa muerte amarga y dolorosa que es el fin del amor. Pero no de un amor cualquiera, sino de un amor que deja tras sí una triste heren-

(3) En *Literatura español siglo XX*, Ed. Robredo, México 1949, pág. 227. Las páginas consagradas a Cernuda, están fechadas en mayo de 1936, a raíz de la publicación de *La realidad y el deseo*.

cia, una estela de amargura, de penosos recuerdos, de heridas profundas. A veces recordar un amor es recordar sólo el tormento y las penas de ese amor. Por eso no nos extraña que el poeta desee ahora vivir

*Donde mi nombre deje  
al cuerpo que designa en brazos de los siglos,  
donde el deseo no exista.*

*En esa gran región donde el amor, ángel terrible,  
no esconda como acero  
en mi pecho su ala,  
sonriendo lleno de gracia aérea mientras crece el tor-  
[mento.*

Porque ¿qué es el amor? Y el poeta responde: *Un instante feliz entre tormentos.* Anhela olvidar ese amor, aquellos amargos recuerdos punzados de espinas. Pero no le basta olvidarlo, quiere además

*arrancar una sombra,  
olvidar un olvido.*

Quizá sabe en el fondo que el amor y el deseo son en él más fuertes que nada, más que la muerte misma. Esta conciencia de su destino le traiciona, y acaba confesando:

*Sólo vive quien mira  
siempre ante sí los ojos de la aurora,  
sólo vive quien besa  
aquel cuerpo de ángel que el amor levantara.*

Y aunque tanto duele aquella herida, y desea tanto el ovido, quisiera aún

*Fuerza joven para alzar nuevamente  
con fango, lágrimas, odio, injusticia,  
la imagen del amor hasta el cielo,  
la imagen del amor en la luz pura.*

Con *Invocaciones a las gracias del mundo* (1934-1935), último libro de la primera edición de *La realidad y el deseo*, culmina el tema amoroso en la poesía de Cernuda. Es su libro más pagano, y en él sigue brillando el deseo con su espada radiante. Pero nuevos elementos, de naturaleza romántica, enturbian y ensombrecen la gloria del amor. En el poema *Dans ma péniche*, por ejemplo, el tono en que el poeta habla del amor, dirigiéndose a todos los amantes que

en el mundo han sido, es irónico y sarcástico, y está teñido de ese acento de escéptico desencanto que encontramos también en Bécquer y en Espronceda:

*Pobres amantes,  
¿de qué os sirvieron las infantiles arras que cruzásteis,  
cartas, rizos de luz recién cortada, seda cobriza o  
Los atardeceres de manos furtivas, [negra ala?  
el trémulo palpar, los labios que suspiran,  
la adoración rendida a un leve sexo vanidoso,  
les ay mi vida y los ay muerte mía,  
todo, todo,  
amarillea y cae y huye con el aire que no vuelve.*

Más esta nota sarcástica, fruto del antiguo desencanto, es excepcional en este libro de Cernuda, que contiene algunos poemas de amor realmente hermosos (*El joven marino*, *Por unos tulipanes amarillos*). Y junto a ellos, otros poemas en que alternan motivos paganos con temas abstractos, como la soledad, la tristeza, la gloria del poeta, las estatuas de los dioses.

Estos temas más objetivos, algunos ajenos ya al recuerdo del amor, se continúan en los libros siguientes de Cernuda: *Las nubes*, *Como quien espera el alba*, *Ocnos*. En ellos, el amor no juega casi nunca un papel activo, sino el de un recuerdo melancólico y punzante, fuente a veces de meditaciones desengañadas. En un poema de *Donde habite el olvido*, el XII, había escrito el poeta:

*No es el amor quien muere,  
somos nosotros mismos.*

Pero ahora, en una de las *Invocaciones*, el poema *Dans ma péniche*, ya citado, donde hay una descripción melancólica del amor teñida a trozos de ironía y aún de sarcasmo, el leit-motiv es precisamente este verso: "Cuando el amor muere".

En *Las nubes* y en *Como quien espera el alba*, el recuerdo del amor suele ir unido al de la tierra nativa del poeta, Andalucía, de la que se halla lejos y en la que halló, en un amor, la cima de su vida. Así evocado en la distancia—en tiempo y espacio—, ya lejos las espinas, el recuerdo del amor yergue su luz y su aroma más puros. Como en la bellísima *Elegía anticipada*:

*Por la costa del Sur, sobre una roca  
alta junto a la mar, el cementerio  
aquél descansa en codiciado olvido,  
y el agua arrulla el sueño del pasado.*

*Mas no es el silencio solamente,  
la quietud del lugar, quien así lleva  
ya tu memoria, sino la conciencia  
de que tu vida allí tuvo su cima.*

*Fué en la estación cuando la mar y el cielo  
dan una misma luz, la flor es fruto,  
y el destino tan pleno que parece  
cosa dulce adentrarse por la muerte.*

*Entonces el amor único quiso  
en cuerpo amanecido sonreírte,  
esbelto y rubio, tal espiga al viento.  
Tú mirabas tu dicha sin creerla.*

*No fué breve esa dicha. ¿Quién pretende  
que la dicha se mida por el tiempo?  
Libres vosotros del espacio humano,  
del tiempo quebrantásteis las prisiones.*

*El recuerdo por eso vuelve hoy  
al cementerio aquél, al mar, la roca  
en la costa del sur: el hombre quiere  
caer donde el amor fué suyo un día.*

Ese es ya el único deseo del poeta: volver  
a la tierra amada, fundirse con ella:

*Posibles paraisos  
o infernos, ya no entiende  
el alma sino en tierra.  
Por eso el alma quiere  
cansada de los sueños  
y los delirios tristes,  
volver a la morada  
suya antigua. Y unirse,  
tal se une la piedra  
al fondo de su agua,  
fatal, oscuramente,  
con una tierra amada.*

(Hacia la tierra)

Deseo, realidad, recuerdo, el amor es una  
constante poderosa en la poesía de Luis Cernuda.  
Tema esencial que imprime carácter y  
belleza a la mitad de esa poesía, una de las más  
hondamente románticas de nuestro tiempo.

## RICARDO GULLON

### LA POESÍA DE LUIS CERNUDA

#### *Distancia y melancolía*

Las poetas de Luis Cernuda hacen evocar la figura del poeta, como la de un Bécquer actual, errando melancólico por climas de triste lejanía. Desde hace años canta en mi oído un verso donde se habla de ausencia, un verso que, por alguna oscura razón, aflora de vez en vez en la memoria, como el delfín sobre la ola:

*Tu leve ausencia, eco sin nota, tiempo sin historia,  
pasando igual que un ala.*

Por eso, otro poeta, más joven le ha recor-

dado destacando esa calidad de "ausente", tan propia de Cernuda, y yo pienso que no estorbará a la comprensión de su poesía precisar un poco este ángulo de su personalidad.

No me refiero a la condición de exilado. Esto es sólo un accidente, útil para acusar con rasgo más notorio la distancia desde la cual crecen sus sueños y su obra. Distancia que no depende de circunstancias exteriores, pues está suscitada, como en Bécquer, por la inclusión del poeta en un ámbito aparte, aunque no in-

dependiente del nuestro. El repertorio de sus preocupaciones, los materiales de sus poemas, perteneciendo a este mundo, revelándose humanos, fueron tratados con ingrátido vuelo, ascendidos a cimas de etérea belleza, como si la mano creadora tuviera el don de eliminar las inevitables adherencias de la realidad, dejando en el poema solamente el reflejo de la estela encendida por aquella misma realidad en el alma del poeta.

Cernuda es un contemplativo. Atraído por el mundo y su contradictoria hermosura, hecha de sangre y sueño, de placer y angustia, buscó en su primer libro el "perfil del aire", aspiró a una exactitud de concepto cercana a la noble escuela de Jorge Guillén. *Perfil del aire* es un librito preciso y precioso, labrado con sensaciones de juvenil tersura; tiene una gracia delicada, alegría y vitalidad de auténtico canto a la vida en sus formas más puras; en sus poemas hay un optimismo que irá progresivamente atenuándose (sin llegar nunca a desaparecer del todo) en obra posteriores. El tema del amanecer y el del sueño revelan la impronta guilléniana; nótese las décimas:

*Morir cotidiano, undoso  
Entre sábanas de espuma;*

*La luz, dudosa, despierta,  
Pero la noche no está:*

probatorias de mi aserto. Los mejores poemas del momento auroral de Cernuda me parecen el primero y el último del volumen, sobre todo el último, revelador ya de la posición de alejamiento del poeta, entregado a la secreta delicia de sus sueños en el propio jardín, a orillas de la realidad, de esa realidad tan significativamente presente en el título general puesto a sus rimas.

#### Formación de su obra

En vez de seguir publicando libros, según los escribía, interrumpe en 1927 la edición de ellos y deja inéditos tres: *Egloga*, *Elegía*, *Oda*; *Un río, un amor* y *Los placeres prohibidos*, hasta publicarlos reunidos con *Perfil del aire*, *Donde habite el olvido* e *Invocaciones a las gracias del mundo*, en la edición de poesías completas de Cruz y Raya (1935), bajo título común de *La Realidad y el Deseo*. En 1933 hace imprimir *Las*

*Nubes*, integradas también en la segunda edición (Editorial Séneca—México—1940) de *La Realidad y el Deseo*, y en 1947 *Como quien espera el alba* (Editorial Losada—Buenos Aires), parte octava del volumen de obras completas. En ocho libros o partes distribuye la depurada labor de algo más de veinte años, desde 1924 a 1945, quedando fuera *Ocnos*, poemas en prosa cuya segunda edición se publicó en España (Ediciones Insula, Madrid) no hace mucho.

*La Realidad y el Deseo* comprende pues, en su estado presente, las siguientes obras: *Primeras poesías*—antes llamadas *Perfil del aire*—, *Egloga*, *Elegía*, *Oda*; *Un río, un amor*; *Los placeres prohibidos*; *Donde habite el olvido*; *Invocaciones a las gracias del mundo*; *Las Nubes* y *Como quien espera el alba*. En total ciento sesenta y nueve poemas, cifra indicadora de la alta exigencia y ambición de su autor.

Al reunirlos en volumen único y darles un título donde realidad y deseo aparecen como las dos fuerzas que pugnan por dominarle, situaba su obra en el ámbito del permanente debate entre lo inmediato y lo distante, la asequible evidencia y el aletazo del deseo, señalando dos zonas perfectamente delimitadas que pasaban a unirse sin confundirse en la creación, síntesis conseguida de un ambivalente afán.

El fenómeno no implica desdoblamiento, sino alejamiento. No enajenamiento—pues sus poesías están impregnadas por la presencia de las cosas—sino distancia. Quiere contemplarlas con mejor perspectiva, viéndolas desde lejos, en la intersección entre realidad y ensueño. En el término "realidad" está la clave de la poesía de Cernuda: un tejido primoroso de personales sentires, pero sentires ocasionados por hechos y objetos existentes, realísimos. En principio acaso por la brisa o el amor en abstracto, enseguida por estímulos más concretos y poéticamente más eficaces.

Los temas abstractos ocultan la presencia del poeta, pero cuando el poema abarca realidades más a la mano, la emoción se adensa y a través de ella se nota la proximidad de un corazón de hombre. Pues—aquí surge la aparente paradoja—si el poeta vive en su cielo, el hombre sufre y goza a nuestro lado. No adop-



ta una postura: dicta su confidencia desde el sentimiento, sin forzarla ni reducirla.

La anchura de esta poesía y su vasta profundidad son consecuencia de aquella prenda antepuesta por Pedro Salinas a todas las restantes: la autenticidad. (Si antes señalé la influencia de Guillén lo hice simplemente para indicar el punto de partida. Desde el principio pudo verse que Cernuda tenía voz y acento propios). En el segundo libro de Cernuda: *Egloga, Elegía, Oda*. Su manera varía, a consecuencia de algún brote clasizante que por entonces—1928—, apunta en los poetas llamados de vanguardia, suscitado en parte por la conmemoración polémica del centenario de Góngora. Bajo esta corriente, como bajo alguna veleidad surrealista posterior, se advierte la veta personal, el aporte neo-romántico con que va a contribuir Luis Cernuda al renuevo de la poesía española.

En las *Primeras Poesías* el poeta descubre—para cantarla—la belleza del mundo:

*Va la brisa reciente  
Por el espacio esbelta,  
Y en las hojas cantando  
Abre una primavera:*

brisa todavía bella y digna de ser cantada siquiera nazca del *ventilador cautivo*. La consideración de los objetos mecánicos como temas poéticos está en Salinas (Ángel del Río lo ha señalado en el estudio *Vida y Obra de P. S.*), está en Guillén (recuérdese, por ejemplo, la invocación al radiador, ruiseñor del invierno) y está en el aire de la época.

Cernuda canta al cielo, el *ardiente resplandor azulado* de sedante presión sobre el hombre, la ternura de los crepúsculos, el centelleo de los astros, la delicia del descanso cuando la tarde cae y en la playa remota el mar suena, la dulce soledad mientras *la sombra invasora* anega la estancia, las horas de reposo, el sueño... La revelación de su universo le hace adquirir conciencia de sí:

*Existo, bien lo sé,  
Porque le transparenta  
El mundo a mis sentidos  
Su amorosa presencia.*

y con definitiva contundencia afirma:

*Sobre la tierra estoy;  
Déjame estar. Sonríe  
A todo el orbe: extraño  
No lo soy porque vivo.*

Confesando su "residencia en la tierra", proclama la voluntad de participar en la vida, sentir y recordar, ser "memoria de hombre", agua donde la vida se refleja en móviles imágenes de las cuales queda la sucesión de recuerdos que constituye la existencia. Desde estos versos de los veinte años, Cernuda, con vivaces sentidos, está ligado a lo humano, al mundo y su multiforme riqueza. Su poesía va hacia una vinculación más estrecha con el dintorno, y esta vinculación, además de enriquecerle, hizo más fina y fluida la materia de sus poemas.

*Egloga, Elegía, Oda*

En *Egloga, Elegía, Oda*, es visible tal enriquecimiento. La muerte y la tristeza surgen en el cosmos poético de Cernuda. Algún suceso, algún choque, provocó emociones antes no registradas, y con ellas se tejen poemas de corte diamantino, transparente, como agua apresada en cristal. El *Homenaje* inicial, en endecasílabos, es un canto a la perduración de la poesía, a la perduración—también—del poeta en el poema:

*Su voz más joven vive, late, oscila  
Con un dejo inmortal que va cantando*

preámbulo para los tres poemas de mayor extensión que constituyen este segundo libro del autor. La *Egloga* enlaza directamente con las *Primeras poesías*; la actitud del poeta es aún la misma, siquiera sea distinta la hilaza sobre la cual teje el sencillo artificio de sus versos. La rosa asume—¡cuán característicamente!—una *presencia pura*, donde no hallaremos los obvios elementos de color, forma y aroma; simplemente esa abstracta presencia de rara belleza, erigida sobre *la rama altiva*. Lo esencial no es la flor, ni la rama, ni el bosque, considerados en sí, sino la imagen de conjunto, cuya vivacidad da idea de un cuadro en movimiento.

*Si la brisa estremece  
En una misma onda  
El abandono de los tallos finos,*

Agil tropel parece  
 Tanta rosa en la fronda  
 De cuerpos fabulosos y divinos;  
 Rosados torbellinos  
 De ninfas verdaderas  
 En fuga hacia el bosque...  
 Aún trémulo el ramaje,  
 Entre sus vueltas luce, prisioneras  
 De resistente trama,  
 Las que impidió volar con tanta rama.

En la poesía española se encontrarán pocos trozos donde la descripción sea más plástica, dinámica y sobria. Por eso es tan eficaz. Escasos verbos, acción limitada y adjetivos justos. El pasaje gravita sobre los nombres: el viento mueve los finos tallos del rosal, y las flores, como *cuerpos fabulosos y divinos*, como ninfas, van arrastradas por aquél, y quedan sujetas al tupido ramaje. La representación es feliz porque en el poema guarda su impulso propio, su equilibrio, como lo guardan los mejores fragmentos de nuestra lírica del siglo XVII.

No entro en análisis más detallados, pues creo suficiente la lectura del fragmento transcrito para notar la economía de medios y perfección de resultados de la *Egloga*; el paso desde ella a la *Elegía* implica una distinción que conviene precisar. Así como en la *Egloga* todo—excepto el final—es luminoso y abierto, mundo de claras presencias cuyo contacto produce impresiones de júbilo, en la *Elegía* hallamos al poeta transfigurado y su voz engravecida. Acaba la *Egloga* evocando *el horror nocturno de las cosas* y la invasión de la noche; empieza la *Elegía* en una estancia hostil a esa invasión, pero en estado de ánimo incierto, *en la lánguida atmósfera secreta*, al lado del *bulto langoroso que respira*:

.....se estremece  
 Y del seno la onda oculta crece  
 Al labio donde nace y se aniquila...

mientras él reflexiona y siente aumentar a su lado la tristeza de la desesperanza:

¿Y qué esperar, amor? Sólo un hastío,  
 El amargor profundo, los despojo.  
 Llorando vanamente ven los ojos  
 Ese entreabierto lecho torpe y frío.

Aquí, otra vez en contraste con la *Egloga*, cuyo radiante curso se quiebra en la sombra postrema, la tristeza no perdura: su *remoto dejo* lo desvanece el cotidiano retorno de la belleza exterior en alas del alba. En la primera composición nos ofrece un cuadro sin figuras, puro paisaje, con sólo un rumor al fondo. Registra la transición del día a la noche. En *Elegía* existe un ser vivo, siquiera dormido, y en él centra el poema. La transición es de signo opuesto: va de la noche al día, a la mañana ahuyentadora de tristezas.

En la *Oda*, la tristeza, por vez primera insinuada en la poesía de Cernuda, languidece y al fin se aleja empujada por la radiante presencia de *un joven dios* (que) *avanza sonriendo*. Está construida como la *Egloga*, pero con una diferencia esencial: la presencia de ese *joven dios*, de una fuerza adolescente que levanta en el corazón del poeta bandadas de emociones. No se sabe de donde llega esta presencia, tan correcta y viva, que al irrumpir en la plenitud del estío transforma el mundo. La hermosura de la naturaleza tiene sentido si existe para un ser perfecto, venido de la luz, en su plena belleza tan humano y capaz de resistir a las sombras. La *Oda* es un himno a la belleza y un canto de amor; en las últimas estrofas, con la misma técnica de la *Egloga*, describe deliciosamente al *joven dios* nadando en el río. Allí eran las rosas; aquí es *el bello cuerpo en pie* el que destaca sobre el fondo oscuro del bosque.

La vertiente surrealista

*Un río, un amor*, se titula el tercer libro de Cernuda. Está fechado en 1929 y es el más extenso de los de su primera época. El poeta tantea en busca de formas expresivas más libres, sustraído tanto a la influencia guilleniana de *Perfil del aire* como al brote clasicista de *Egloga*, *Elegía*, *Oda*; sus fórmulas han cambiado y hace falta saber la causa. Le hallamos menos transparente, más misterioso, pero también—y quizás por la presencia del misterio—más capaz de sugerir lo situado tras la apariencia de las cosas. En el ejemplo de *Egloga* sumariamente analizado, hay una versión pluerquímica de la realidad exterior; en los poemas de *Un río, un amor*, el poeta no se contenta con cantar las cosas según

las vemos; aspira a captar secretos radicados en distinto plano, sub-real, distinto de lo visible.

Son los años de esplendor del surrealismo. En la poesía, como en las artes plásticas, sopla un huracán tan devastador para las tradiciones como para las innovaciones precedentes. Quebra el orden lógico de los objetos en el mundo y se busca tras él una verdad más profunda, inconexa y espontánea. Para conquistar lo absoluto y para conseguir acceso al subsuelo donde los objetos "reales" y otros situados bajo o sobre ellos se funden y confunden, el espíritu—dicen—debe desligarse de trabas racionales y reproducir el flujo del pensamiento incontrolado. Algunos aventureros llegan a la escritura automática y consiguen, a su manera, cuadrar el círculo. Cernuda no entró en esas curiosas aventuras. No sé hasta donde pudieron interesarle las experiencias surrealistas; advierto tan sólo la tentativa de conseguir acceso a capas hondas del alma, a zonas donde germinan sueños, deseos inconscientes que han de aflorar luego bajo extraños disfraces.

Se piensa en el freudismo. Y se piensa bien. Vigilando este gran esfuerzo—pues de un esfuerzo grande y arriesgado, de una curiosa e importante peripecia estética estamos escribiendo—, este descenso a los infiernos, se yergue la sombra de Sigmund Freud. Luis Cernuda no se plantearía la cuestión en los mismos términos, pero su intento coincide con el de los surrealistas franceses en tres puntos capitales: en no modificar las palabras, sino como, decía Bretón, "las leyes que presiden su reunión"; en el desdén hacia las interpretaciones y explicaciones posibles del poema, por atribuirle valor en sí; y en la necesidad de buscar en los pliegues recónditos del espíritu.

En el *Nocturno entre las musarañas*, en *Como la piel*, la insólita utilización de las palabras consiente crear imágenes nuevas y extrañas. Es un esfuerzo para quebrar las viejas estructuras del poema y de la realidad; un esfuerzo "romántico", en opinión de Marcel Raymond, que lo define como "la más reciente tentativa del romanticismo para romper con las cosas que son y para sustituirlas otras en plena actividad, en plena génesis, cuyos móviles contornos se graban en filigrana en el fondo del ser".

Dámaso Alonso piensa lo mismo. (El carácter "romántico" del movimiento surrealista acaso se ve mejor en las artes plásticas, donde aparece como un ataque—frustrado—, una reacción—fracasada—contra el cubismo y otros ismos de signo austero).

La poesía acaso no puede ser sino "romántica". Al menos la poesía conforme hoy la entendemos: lírica, confidencial, o, por otra parte—recordemos la definición de Pedro Salinas—, tentativa de comunicar con lo absoluto, de conseguir las esencias, de aprehender señales de mundos abismáticos donde lo humano hincra su misteriosa raíz. Los mitos son poéticos porque con ellos se pretende expresar algo profundo, irracional, dar forma a sentimientos que no pueden ser expresados con claridad, precisamente por ser oscuros y sólo accesibles intuitivamente. ¿Cómo habría de ser clara la poesía obtenida? Hay una radical contradicción entre la necesidad de comunicar esos sentimientos, ondulantes en una marea grisácea, disueltos en bruma que difumina y confunde sus contornos, y la de hacerlo por medio de palabras, subordinadas a las leyes del lenguaje, es decir, sujetas a un orden racional.

Para hacerle servir, los poetas surrealistas necesitaban desarticular el lenguaje, forzarlo, romper las ataduras lógicas, aún a riesgo de dificultar su comunicación con el destinatario del poema. ¡Expresar sueños! Gran ambición, pues no trataban de contarlos sino de ponerlos al aire en vivo, con oleaje de sombras y luces y el misterio revelándose en fragmentos, relampagueando sobre el alma del poeta e iluminándola. Cernuda frena estas tendencias con su certero instinto para el hallazgo de la imagen necesaria, de la palabra cuya belleza impone un mundo por su sola presencia, ahorrándonos la descripción, temible escollo para la poesía.

La actitud surrealista fué en Cernuda transitoria, siquiera bajo su influjo aparezca relajada—pero enriquecida—la unidad de su obra. Sobre este enriquecimiento no cabe disputar. Está aquí, en poemas llenos de ternura, de rareza, audazmente surcados por las metáforas; el idioma choca y resplandece, el verso cobra movimiento y empuje. Hay una pasión creada en este verbo alentado, en este fuego. Como

el viento se lanza el poeta a su carrera, corre, golpea y se golpea, produce tormentas o las imagina. Cernuda se libera en *Un río, un amor* de muchas trabas, y sobre las alternativas de la obra conviene tener en cuenta las consecuencias de esa liberación, de la diversidad de registros, tonos e impulsos, incorporados al poema, porque de ellos surgieron las posteriores, maduras y admirables realizaciones.

Prefiero los poemas menos "surrealistas", los poemas donde después del inicial descenso a los infiernos, del previo abandono de ligaduras racionales, el poeta recuperó en mayor medida la capacidad de controlar los elementos capturados en la pesquisa, eliminando la ganga notoria y encuadrando sus conquistas en un marco de precisa belleza. Ejemplo: en *Decídme anoche*, la perfección del alejandrino aumenta el placer estético al situar los hallazgos en planos de gran belleza formal, sin corromper ni amenguar el valor del material empleado. ¿De qué oscuras simas extrajo ese material? Si pensamos en el significado de aquella liberación de trabas, de aquella sumersión en las aguas profundas del yo, advertiremos que los surrealistas, creyentes en "hallazgos" y en la posibilidad de fulgurantes iluminaciones, confían, dándole otro nombre, en la inspiración.

Antes se hablaba de las musas, ahora del inconsciente. La misma creencia en la posibilidad de un destello que al herir el alma del poeta lo transfigura y convierte en otro ser, en un iluminado. Ese contacto lo enajena y ya no es él, sino un poseído por la gracia, un vaso de gracia recibida, vehículo que capta las comunicaciones y debe trasmitirlas sin alterar su significado. Por eso no puede intervenir; cualquier ingerencia corta la corriente y resulta indeseable. De ahí las exageraciones del automatismo, la escritura automática y otros extremos. Entre la inspiración y la creación—dogmatizan los surrealistas—sobran mediadores. La misma inteligencia—la inteligencia sobre todo—ha de mantenerse aparte, reclusa en su laboratorio, sin perturbar el mecanismo lírico.

Yo no advierto en los poemas de Cernuda ni ausencia de control, ni siquiera voluntad de conseguirla. Pero creo reconocer una vertiente surrealista en los poemas de esta época, en la

selección de los materiales empleados, extraídos de la cantera de lo inconsciente.

La fluidez de *Mares escarlatas* o de *Razón de las lágrimas*, su oscuridad, y, junto a ellas, el acierto en el empleo de la palabra necesaria, les dan un aire extraño, combinando la música verbal con el misterio y el misterio con una expresión precisa, reveladora de que el poeta sólo siguió a medias las reglas del juego surrealista. Su creencia en la fuerza de las iluminaciones aparece en un texto del mismo año 1929, recogido en la *Antología de Poesía española* de Gerardo Diego: "Me complace, es verdad—dice Cernuda—considerar así el poema como algo cuya causa, a manera de fugacísima luz entre tinieblas eternas o sombras súbidas entre luz agobiadora, permanece escondida". (Acierita, porque la poesía no es siempre claridad sino, como apunta, sombra entre las luces cotidianas). Y remacha con mayor contundencia en nota posterior: "Inspiración, cierto, es obsesión de aquél que viciosamente, como de costumbre, más de manera provisional, falto de mejor apelación hasta que tales nubes se disipen, llamaré poeta. Quiero designar aquel que en oscuridad traza sobre el papel, o no traza en parte alguna, basta el poder invisible, palabras que, como palabras, en efecto, no pueden tener otro valor que ser soportes de una actividad cuyo origen y finalidad siguen tan misteriosos hoy naturalmente".

El crítico está obligado a proporcionar al lector algunos puntos de apoyo: la precedente divagación sobre el surrealismo puede no ser el camino más largo para destacar los fines del poeta y su actitud en determinado momento de su evolución. Nótese también que *Un río, un amor* no es obra cerrada sobre sí, ceñida a un impulso único, sino compuesta por un conjunto de poemas de distintas características. Este libro no tiene una unidad rígida y al lado de los textos surrealistas aparecen brotes de otra estirpe, del antiguo venero del poeta, todavía henchido de explotable riqueza.

Entre los distintos poemas de *Egloga, Elegía, Oda* las diferencias de factura son de matiz, levisimas. Entre ellos, entre cualquiera de ellos y los de *Un río, un amor* se nota un cambio sustancial; al escribir éstos había vencido

las preocupaciones de Cernuda, y la tersura de los versos anteriores desaparece al empuje de una intención más ambiciosa, como si subterráneas corrientes impidieran que la superficie se remansara en la espejeante tranquilidad antigua. El elemento decisivo entre los integrantes de esa ambición de mayor calado, es la nostalgia.

En poemas como *Quisiera estar solo en el Sur*, prepondera la nostalgia; plasticidad nostálgica reflejada con plasticidad imaginativa distinta de la caligrafía directa de la *Egloga* o la *Elegía*. El autor no ve el paisaje: lo siente, y el sentimiento le impide la impasible y fiel descripción, arrastrándolo a evocaciones dispersas, con cuyo agrupamiento aspira a comunicar la totalidad de sus sensaciones. Puede, gracias a la acuidad del sentimiento y la fidelidad de su palabra, transmitir un exacto y vivo reflejo de naturaleza viva, más para la comunicación de algo tan suyo como el saudoso recuerdo del país natal, la copia fiel habría sido infiel a su proyecto. El lector debe sentir, no cómo es el Sur, sino porque el Sur despierta tan alada voluntad de ausencia; y para eso es necesario verlo a través de los ojos y la nostalgia del poeta, según se le presenta en soledad.

De acuerdo con este propósito, o más bien necesidad, el poema gravita sobre la imagen, generalmente vigorosa y significante: *El sur es un desierto que llora mientras canta, La lluvia allí no es más que una rosa entreabierta, Su niebla misma ríe, risa blanca en el viento*. La yuxtaposición de metáforas responde a la yuxtaposición de sensaciones. En poemas más impersonales, como *Nevada*, no obstante esa impersonalidad, la factura del poema es distinta de la de los primeros libros. En *Nevada* y en textos análogos registro otra variante en la concepción del poema: la impresionista, que procura dar razón del conjunto mediante leves toques espaciados, mediante alusiones a una realidad (quizá a una realidad presentida). En *Durango*, en *Daytona* y en *Carne de mar*, partiendo de sugerencias un tanto caprichosas, comunica su personal impresión de lugares inventados, reinventados en la fantasía. Una idea bien sencilla: *Dentro de breves días será otoño en Virginia*, acusa la imaginación del poeta y le incita a elaborar un breve

apunte, deliberadamente oscuro por elusión de elementos, por falta de las apoyaturas lógicas acostumbradas.

En *Cuerpo en pena*, el ahogado a la deriva, recorriendo lentamente sus dominios, en el curso del río donde ni los árboles tienen color ni voz los pájaros, donde el viento al herir las aguas enciende destellos plateados:

*Delicados, con prisa, se insinúan apenas  
Vagos revuelos grises, encendiendo en el agua  
Reflejos de metal o aceros relucientes,  
Y su rumbo acuchilla las simétricas olas.*

En este poema, la figura evocada del ahogado navegando

*En plena mar al fin, sin rumbo a toda vela;  
Hacia lo lejos, más, hacia la flor sin nombre*

provoca lejanas reminiscencias del *Bateau Ivre* de Rimbaud, por el tono de cosa secreta y rara que sugiere el trivial accidente narrado. El cuerpo floreamente sobre las aguas arrastra consigo la fantasía hacia lejanos mares, quizá hasta *incroyables Florides* y es símbolo del hombre común, de cualquier hombre persiguiéndose ciegamente en el fondo nocturno como un astro apagado.

Lo más sentido en este volumen, o al menos lo más profético, son las prescientes impresiones de *Destierro*, evocadoras de los ámbitos de triste ausencia aludidos al comienzo de este ensayo, evocadoras de la soledad radical del poeta en un universo donde:

*Todos acaso duermen  
Mientras él lleva su destino a solas*

evocadoras, también, de su hondo cansancio, hastío de todo:

*Fatiga de estar vivo, de estar muerto,  
Con frío en vez de sangre,  
Con frío que sonríe insinuando  
Por las aceras apagadas.*

Iguales impresiones se acusan con fuerza en *Como el viento*, descripción de un ser no designado—el poeta—semejante al viento y

*Como el viento a lo largo de la noche,  
Amor en pena o cuerpo solitario,  
Toca en vano a los vidrios,  
Sollozando abandona las esquinas*

y después de marchar en la tormenta, gritando  
locamente bajo la lluvia, descubre

*Su tristeza errabunda por la tierra,  
Su tristeza sin llanto,  
Su fuga sin objeto.*

A pesar de sentirse extranjero en la tierra y fugitivo como el viento, algo brillante le asalta, una lumbre indefinida, algo que viene como luz. Esta luz es la Poesía, razón de vida y razón de ser. Gracias a su fe en la Poesía, en el don inefable de crear belleza, puede superar, atenuar, el sentimiento de tristeza, como lo vemos en el postrer acorde del poema.

Las fórmulas surrealistas son frecuentes en *Un río, un amor*. No creo hayan aportado nada esencial a la poesía de Cernuda, siquiera en este volumen, cuyo título apunta ya la filiación surrealista, existen poemas muy bellos, determinados o influidos por la tendencia de esta escuela. Fluctuando entre el creacionismo y un surrealismo "moderado" la intención de hallar expresión más hermética y personal aparece clara en poemas como *Linterna roja*, reflejo de su constante meditación sobre la tristeza. En este poema, ni la materia ni la estructura son surrealistas. Trata fundamentalmente de registrar el sentimiento de dolor ante la realidad: conjunto de miserias constituidas por fracasos, por sueños malogrados que a través del tiempo se transformaron en sombras amargas; para lograr su propósito, Cernuda les da nombre y figura de seres humanos. El mundo con sus años de hastío es un

*Albergue oscuro con mendigos de noche  
Abrazando girones de frío.*

Me doy cuenta de las posibilidades de error

radicadas en esta interpretación, pero la creo válida en cuanto encaja bien con la actitud del autor. La equivalencia mendigo poeta acaso no estuviera tampoco fuera de lugar. En *No intentaremos el amor nunca* habla de un mar insomne, identificable con el poeta mismo. El mar es símbolo del hombre, y el poema imagen total de la desoladora biografía del ser humano. El título es respuesta y conclusión al tema desarrollado, verso postrero del poema, y también, en cierta medida, su clave. El tema conecta con el de *Desdicha*, donde una vez más canta su destino personal, la incapacidad de asir un cuerpo, una fortuna con sus manos de soñador, pues

*La fortuna es redonda y cuenta lentamente  
Estrellas del estío;  
Hacen falta unos brazos seguros como el viento,  
Y como el mar un beso.*

y el poeta, cuyos brazos son solamente de nubes,

*Con sus labios no sabe sino decir palabras*

palabras, eso sí, que lo transforman todo, y crean, y hacen la vida vividera. El estado de ánimo es semejante al revelado en *Destierro*.

Estoy rebasando el margen de paciencia exigible al lector, aún al imaginario "lector amable" en quien es grato confiar cuando se escribe, pero la obra de Cernuda está tan henchida de significación, que para destacar alguno de sus aspectos, casi cada poema necesita ser comentado y analizado. Véase, como último ejemplo de *Un río, un amor*, la nostalgia de los fracasados sueños infantiles, del maravilloso mundo entrevisto en las películas de la remota infancia y perdido al intentar capturarlo:

*Lejos canta el oeste,  
Aquel oeste que las manos antaño  
Creyeron apresar como el aire a la luna;  
Mas la luna es madera, las manos se liquidan.  
Gota a gota, idénticas a lágrimas.*

# ENRIQUE AZCOAGA

## ENTREGAS SOBRE LUIS CERNUDA

1

La poesía de Luis Cernuda está tan colmada de soledad como si hubiera querido estarlo de vida. Quizá por ello su encanto resida en ese abismamiento dedicado, causa de su mágica tensión.

2

Para contraste, tiene una referencia fraterna: la música de Haydn.

3

Bécquer, acredita sus lágrimas. ¡No conozco poesía que menos lo necesite; más acreditada en consecuencia por el simple hecho de fluir!...

4

El canto en Cernuda confiere a la tristeza como una suficiente majestad.

5

Frente al lirismo rutilante—el de la España luminosa—, éste suyo —¡tan español!—de perlado mediodía.

6

El poeta—agudo, crítico espíritu moderno—, siente como una traición elevarse a la belleza. En pocos corazones actuales sentimos más fresca sin embargo, la desengañada sombra de la plenitud.

7

¡Cuánto invierno poético trata de ser mañana!... ¡Qué lealtad la de Luis Cernuda consigo mismo, volcando hacia un futuro remoto su otoño juvenil.

8

Quiso, quiso como muy pocos la esperanza. Por eso, la melancolía de su verso no significa nunca ruina, sino resonancia de lo vivido y sentido con trastornadora intensidad.

9

Poeta elegíaco, jamás se queja. Se reprocha hondamente no haber sido; o para no vanagloriarse de ser...

10

Su elegancia, infinitamente española, efunde de su gravedad apacible, dramáticamente sostenida.

11

El acento lírico de Cernuda se debe a que este espíritu inerte, claridad dolorida en un mundo despiadado, vuela en su verso como un pensamiento completado al soñar.

12

Difícil anhelar. Más difícil animar la esperanza. Pues bien; caído como pocos—y no en ese dolor prefabricado de los falsos líricos—despierta el anhelo esperanzador.

13

Cernuda—como lo mejor andaluz—limita al norte con lo divino y al sur con la tristeza abisal.

14

Su dramatismo sólo se entiende cuando lamentamos fraternalmente—tal una compañía—tanta aislada plenitud.

15

Los versos de Luis Cernuda, cual pies descalzos, hieden la vida besándola. Para multiplicar su imposible actualidad.

16

Cernuda tampoco se consume en su lágrima. Quiere que la misma, célula vivísima, fecunde la voluntad auroral de quienes hereden su canción.

17

Cuando no se cree en la fe—que es tenerla—, hay que historiar una tristeza legítima, y no contentarse con creer—blandamente—en la desconfianza. (Pocas delicadezas líricas menos inconsistentes, en consecuencia, que la de su fervor).

18

Lo lírico en Cernuda apenas si es el dejo natural de su pena.

19

El poema de Cernuda no está hecho de palabras, sino con hue. llas, con resonancias, con ese rastro auténtico que el sentimiento deposita al pasar.

20

Su "memoria en canción" es todo lo contrario del "canto como halago".

21

Recordar en la poesía de Luis Cernuda, no es evocar, sino dar fe.

22

La precisión lírica de su entendimiento, tiene un ejemplo cuando ¿recuerda?, ¿define? a Federico García Lorca:



*La muerte se diría  
Más viva que la vida  
Porque tú estás con ella.*

23

La honesta grandeza de su acento, puede medirse cuando afirma con íntimo estilo:

*No conozco a los hombres. Años llevo  
De buscarles y huirles sin remedio.*

24

No hay sinceridad en poesía, descubre permanentemente, si su tristeza no duele. No sólo la tristeza irremediable, acredita la sinceridad.

25

Entre lo manantial y lo cumplido, la poesía de Cernuda siente para siempre lo que pudo ser caudal.

26

Pocos poetas tan leales a la vida como Cernuda. Ninguno, menos cómplice de ella.

27

El hombre es un sueño al que Luis Cernuda acompaña. La vida en su poesía fortalece, por lo que pudo ser.

28

Dominar la vida sólo es fácil para los fáciles. La poesía de Luis Cernuda es un homenaje permanente a la vida; una constante elevación imposible a su cielo total.

29

A la nostalgia del "después" amoroso, Luis Cernuda opone la nostalgia que su tristeza convierte en "antes", en sed.

30

La soledad inmensa de la poesía de Cernuda, espera ser soñada por quienes lo entienden inevitable mártir de una aurora.

31

Latir para recordar, es triste. Latir como Luis Cernuda para ser recordado, no puede ser más trágico.

32

Luis Cernuda, viviendo primero, renunciando más tarde, nos ayuda a definir su poesía como un pájaro convertido en hoja, al esperar—como quien espera el alba—la tibia gloria de un recuerdo salvador.

33

Los dioses sueñan al hombre. Y el hombre, nuestro hermano mayor imposible en este caso, cuando no puede cantar hacia la aurora, agradece de una manera constante, la confianza que se frustró.

# MANUEL ALVAREZ ORTEGA

## HABLO DE LUIS CERNUDA, UN POETA

*HABLO hoy de humildes cosas: un universo extraño,  
una capital como un negro sollozo, un mar que levanta  
sus muelles forestales, sus linternas, sus sacos,  
entre números rotos, entre luces y redes de tristeza.*

*Cuento los días gota a gota, subrayo los duros años  
que la fiebre, su fría dentadura, terrible va marcando  
sobre un hombre sin patria, un dios, un fiero río  
que se ata a la tierra, como un fruto maduro.*

*Vivo cada palabra suya, ardo y sueño, muero siempre  
creciendo por su tronco de vino y de madera,  
de pronto enloquecido, radiante, como un país que vierte  
su sangre de ceniza en todos sus hermanos.*

*A golpes voy cantando, igual que un hacha, un martillo,  
como si despertara de una muerte marina,  
llamando pan al tiempo, polvo a todo, nostalgia  
a la oscura corriente que unifica dos costas lejanas.*

*Paso noches muy tristes midiendo al mar las olas.  
Navego por un cuerpo que se apaga en la sombra.  
Cruzo un glorioso espacio. Vivo. Apoyo mi cabeza, ardiendo,  
sobre un peso adorable que quieto soporta mi materia.*

*Hay algo en la tierra: toco sonidos, vagos hilos de lluvia,  
palabras como agujas. Oigo insectos y ratces. Huelo  
un bosque nocturno, una sideral roca, una mina,  
una marea profunda que crece y todo lo envenena.*

*Bajo calles desiertas. Siento un aliento como fuego.  
Veo un cuerpo que se alza, un ciego movimiento.  
Separo una canción, un metálico vuelo, una penumbra,  
una roja noticia que me convierte en pueblo.*

*Pero no olvido a un hombre que entre los siglos espera.  
Una mano tendida, un pie, una garganta, un ojo.  
Hablo de Luis Cernuda, ya sabéis, hablo de un poeta  
perdido sobre un puerto de niebla, en otro mundo.*

# VICENTE NUÑEZ

## SOBRE TRES TEMAS CERNUDIANOS

### *La soledad cerrada*

¿Es la soledad de Luis Cernuda—la soledad cerrada y no obstante dispersa como una viva pasión inútil—, algo relativo, que tenga que ver directa o indirectamente con alguna de las formas tradicionales del heroísmo en que cristalizaba la soledad meridional? A una soledad barroca, que cifre en el incesante peregrinaje sus conclusiones éticas, suele notársele el jubiloso polvo caminero de su conforme e íntima libertad. El peregrino insociable representaba un caso extremo de confianza en el poder social y resolutorio de la persona solitaria, volcada sobre el libre juego de su función andariega. Pero ni aquí ni a ninguno de los moldes clásicos de la figura del solitario—desde la múltiple tipología de los filósofos grecolatinos hasta el elegante “retiro” del renacentista—, ni siquiera, pese a sus interesantes puntos de contacto, a la soledad del absurdo y la “náusea” del existencialismo, puede ser referida la contagiada y difícil soledad de Luis Cernuda.

Ya desde el principio, en las primeras composiciones que el poeta fecha entre 1924-1927, delimita Cernuda el incommunicable grado de su soledad individual. Soledad de su íntima textura humana, falta de los hilos imprescindibles de unión a una realidad grave a la que, sin embargo, roza y capta con todas sus fuerzas vitales. Soledad del mundo encerrado en altos muros, sin otro sentido que el propio vacío que contienen. Soledad pavorosa, única en la poesía española, a la que entrega el poeta el naufragio de su vida, su desdén íntimo que busca los otros desdenes de la tierra.

*En soledad. No se siente  
el mundo, que un muro sella...*

A medida que avanza Cernuda en su proceso de autoconocimiento, crece la claridad fu-

nesta de las cosas externas. Poeta y mundo, intuición y sentimiento, se frotan en la imagen de un abrazo insuficiente y terrible, casi absurdo, como sus vagas proporciones existenciales.

*Si, la tierra está sola, bien sola con los muertos...  
Si, la tierra está sola, a solas canta, habla...  
En la noche sin luz, en el cielo sin nadie.*

Lejos de todo ontologismo nocturno, desde el cual el pensamiento romántico asignaba a la noche el poder revelador de las “herencias fatales”, como en el caso significativo de Tiutchev o de Alejandro Blok, poetas de efusión trascendente y confusa conciencia profética, Cernuda hace incomparablemente objetiva la soledad, la aloja en el ámbito entero sobre el que vagan sus himnos; “en la noche sin luz, en el cielo sin nadie”: densos abismos de la soledad última. No hay en esta soledad de Cernuda una queja siquiera de íntima angustia que perforara los velos de la fría y terca reclusión profunda, un aliento de congoja libertadora. Y cuando grita lo hace como en una *hybris* desmesurada de derrumbe:

*Gritemos sólo,  
gritemos a un ala enteramente  
para hundir tantos cielos,  
tocando entonces soledades con mano disecada.*

“Tocar soledades”, cuyas emanaciones envenenan el alma de un afán extremo de soledad perfecta. Soledades desplomadas como cuerpos y soledad extensa, absorbente del poeta en su intención más alta:

*Cómo llenarte, soledad,  
sino contigo misma...*

Ninguna poesía española ha puesto tanto

empeño en asirse a un ideal supremo de soledad y olvido con tanta belleza y orden poético. Ninguna logra anclar una pasión tan firme en el mar temático de su tránsito. Cernuda hecho en la soledad. Cernuda vivo, inmediato hecho de la soledad.

#### *El tiempo en la memoria*

De la poesía de Luis Cernuda se desprende un modo *temporal* de vivir las cosas—las criaturas en su adolescente lucidez instantánea, el amor, la vida toda—que cobra hoy, y pese al transcurso de los años, un sentido vivísimo de actualidad y de paralelismo respecto a las corrientes más avanzadas del arte contemporáneo. Si repasamos la poesía de los maestros pertenecientes a la generación de Cernuda nos sorprenderá, en la mayoría de ellos, un hecho irreparable que pertenece ya a la entraña histórica de la poesía española escrita en lo que va de siglo. Casi toda la problemática de sentido humano de estas poesías, casi todas sus potenciales alusiones al hombre enraizado en la conciencia de la crisis moderna, o bien han quedado subsumidas en sus simples aportaciones técnicas o han sido desplazadas por el aluvión de las nuevas poéticas que tratan el destino del hombre desde bases totalmente distintas. Desde este punto de vista, conviene afirmar que dichas poesías fueron *ya* superadas. Sin embargo, Cernuda es actualmente, para nosotros, el conductor más fino y profundo de muchas de las inquietudes diseminadas en el ambiente y que tocan de lleno la esencia del poeta, la razón de su canto incluso y su función dentro de la realidad a que pertenece. Su poesía tiene hoy un alcance que de ningún modo le era explícito en los años inmediatos a su publicación, y el hecho de que ya esté a la vista de muchos poetas jóvenes como una de las más claras posibilidades para el futuro próximo de nuestra poesía confirma su fortaleza de maestro y su alto don intocado de testificador: testigo, tal vez, en el estilo de un "desarraigo" poético que se acogiese a la expresión de una tentativa trágica de "venir a ser" *por* la poesía.

Tiempo es para Luis Cernuda la duración en la memoria. Relativista, relativista como

Faulkner, se aísla en los hechos hasta que los pulveriza y gasta con el sol abrasante del olvido. Hombres del Sur, uno y otro han visto fenecer los recuerdos bajo la calina de los cuerpos y de los cielos, en donde hasta la durabilidad del amor o de la belleza se desploma mordida por un desdén superior a ellos. Mas la memoria es ínfima, porque amor y belleza son nada, "una pasión inútil". He aquí entonces el concepto boca abajo: "¿Qué queda—dice Cernuda en el preámbulo a *Donde habite el olvido*—de las alegrías y penas del amor cuando éste desaparece? Nada, o peor que nada; queda el recuerdo de un olvido". Adéñese, debátase el tiempo de la tierra a su sideral altura, donde no alienten "los sentidos tan jóvenes". Por encima del "aquí" y del "ahora"; tumbos que duran el breve espacio de un deseo.

#### *El tiempo en las estrellas. Desterrada la historia.*

¿Existe para Cernuda algo a lo que el tiempo agigante y prenda de un alentar más perdurable, algo también que oponga su resistencia a las amenazas de la terca corrosividad mortal? Sí; por lo pronto, Cernuda que ha podido dejar de creer en el amor, en la amistad y en la vida, tiene fe en su canto; hecho aislado y fuera de él mismo, independiente y sin embargo no aún del mundo. Su canto por donde la fe recobra en la confianza del hombre y en su inmortalidad:

*El tiempo, duramente acumulando  
olvido hacia el cantor, no lo aniquila;  
su voz más joven vive, late, oscila  
con un dejo inmortal que va cantando.*

#### *Amor color de olvido*

El amor es una de las formas más extrañas de posesión del tiempo, de la que éste contiene de plenitud, de logro y de estímulo para el ingreso en una forma tal de vida que pareciera sobrepasar todas las limitaciones de la condición humana. Pero no es menos cierto que una de las características del amor es la inadvertencia de esta su conquista de lo temporal y del valor que ofrece al futuro desarrollo del hom-

empeño en asirse a un ideal supremo de soledad y olvido con tanta belleza y orden poético. Ninguna logra anclar una pasión tan firme en el mar temático de su tránsito. Cernuda hecho en la soledad. Cernuda vivo, inmediato hecho de la soledad.

#### *El tiempo en la memoria*

De la poesía de Luis Cernuda se desprende un modo *temporal* de vivir las cosas—las criaturas en su adolescente lucidez instantánea, el amor, la vida toda—que cobra hoy, y pese al transcurso de los años, un sentido vivísimo de actualidad y de paralelismo respecto a las corrientes más avanzadas del arte contemporáneo. Si repasamos la poesía de los maestros pertenecientes a la generación de Cernuda nos sorprenderá, en la mayoría de ellos, un hecho irreparable que pertenece ya a la entraña histórica de la poesía española escrita en lo que va de siglo. Casi toda la problemática de sentido humano de estas poesías, casi todas sus potenciales alusiones al hombre enraizado en la conciencia de la crisis moderna, o bien han quedado subsumidas en sus simples aportaciones técnicas o han sido desplazadas por el aluvión de las nuevas poéticas que tratan el destino del hombre desde bases totalmente distintas. Desde este punto de vista, conviene afirmar que dichas poesías fueron *ya* superadas. Sin embargo, Cernuda es actualmente, para nosotros, el conductor más fino y profundo de muchas de las inquietudes diseminadas en el ambiente y que tocan de lleno la esencia del poeta, la razón de su canto incluso y su función dentro de la realidad a que pertenece. Su poesía tiene hoy un alcance que de ningún modo le era explícito en los años inmediatos a su publicación, y el hecho de que ya esté a la vista de muchos poetas jóvenes como una de las más claras posibilidades para el futuro próximo de nuestra poesía confirma su fortaleza de maestro y su alto don intocado de testificador: testigo, tal vez, en el estilo de un "desarraigo" poético que se acogiese a la expresión de una tentativa trágica de "venir a ser" por la poesía.

Tiempo es para Luis Cernuda la duración en la memoria. Relativista, relativista como

Faulkner, se aísla en los hechos hasta que los pulveriza y gasta con el sol abrasante del olvido. Hombres del Sur, uno y otro han visto fenecer los recuerdos bajo la calina de los cuerpos y de los cielos, en donde hasta la durabilidad del amor o de la belleza se desploma mordida por un desdén superior a ellos. Mas la memoria es ínfima, porque amor y belleza son nada, "una pasión inútil". He aquí entonces el concepto boca abajo: "¿Qué queda—dice Cernuda en el preámbulo a *Donde habite el olvido*—de las alegrías y penas del amor cuando éste desaparece? Nada, o peor que nada; queda el recuerdo de un olvido". Adélese, debátase el tiempo de la tierra a su sideral altura, donde no alienten "los sentidos tan jóvenes". Por encima del "aquí" y del "ahora"; tumbos que duran el breve espacio de un deseo.

#### *El tiempo en las estrellas.*

#### *Desterrada la historia.*

¿Existe para Cernuda algo a lo que el tiempo agigante y prenda de un alentar más perdurable, algo también que oponga su resistencia a las amenazas de la terca corrosividad mortal? Sí; por lo pronto, Cernuda que ha podido dejar de creer en el amor, en la amistad y en la vida, tiene fe en su canto; hecho aislado y fuera de él mismo, independiente y sin embargo no aún del mundo. Su canto por donde la fe recobra en la confianza del hombre y en su inmortalidad:

*El tiempo, duramente acumulando  
olvido hacia el cantor, no lo aniquila;  
su voz más joven vive, late, oscila  
con un dejo inmortal que va cantando.*

#### *Amor color de olvido*

El amor es una de las formas más extrañas de posesión del tiempo, de la que éste contiene de plenitud, de logro y de estímulo para el ingreso en una forma tal de vida que pareciera sobrepasar todas las limitaciones de la condición humana. Pero no es menos cierto que una de las características del amor es la inadvertencia de esta su conquista de lo temporal y del valor que ofrece al futuro desarrollo del hom-

bre. Ya hemos visto cómo el tiempo tiende en Luis Cernuda a refugiarse en los repliegues de una conciencia en extremo distante del concepto corriente de la durabilidad de los hechos, y que era el olvido quien allí, como una seda espesa, aplastaba los sentimientos habituales de la nostalgia, haciendo de la memoria un instrumento negativo y casi contradictorio consigo mismo: la memoria como camino que llevaría "recuerdo de un olvido". Rilke decía que amar significa olvidarlo todo, pero Cernuda va más lejos aún; es el amor quien se hace olvido en sus íntimos accidentes; "amor color de olvido", amor totalizado que tiende a un "más allá" en donde reina la pura y lisa inactividad del corazón:

*Pero así no me basta,  
más allá de la vida  
quiero decírtelo con la muerte,  
más allá de amor  
quiero decírtelo con el olvido.*

La poesía de Cernuda se ha elevado hasta un intento de conferir contenido religioso a las formas paganizadas del amor. El ha querido, en esa trágica contraposición constante de la realidad y el deseo, apresar la belleza en lo que tiene de intemporal, de mito objetivado, de tendencia a la transmutación de lo real caduco. Confiesa en *Ocnos* haber aspirado ardentemente a ese ideal helénico y reconoce sus riesgos, que guiaban su vida "conforme a una realidad invisible para la mayoría, y a la nostalgia de una armonía espiritual y corpórea rota y desterrada siglos atrás entre las gentes". Se impregna de la clase de espíritu romántico de poetas que, como Hölderlin y Keats, aspiran a la evasión continua y a una inventiva mitologizante de la emoción humana, a fin de preservarla—aunque no necesariamente de hurtarla—de los duros embates de la realidad. Pero en Cernuda se da una materia poética en cierto modo impermeable a las visiones estáticas; su emoción última es refractaria a los bellos e ingenuos disfraces del mitologismo, su corazón rebasa cualquier compromiso contraído ante los cánones de la antigüedad clásica, en lo que ésta debe tener de mesurado equilibrio y pro-

porción armónica entre las fuerzas de lo sensible y lo invisible. Cernuda es, o suele ser formalmente contenido, lentísimo; gelido, algunas veces, en la conducción formal del sentimiento. Pero es sólo una apariencia, una concesión instantánea a las convicciones de la exquisitez de esas mismas formas que maneja. En lo hondo, su vena es agitada, roja, apasionadamente tumultuosa de carga y de arrastre. Los ademanes giratorios y tardos de las liturgias paganas se borran en él por el empuje humano de su desgarrar, por su *pathos* de hombre hincado en las corrientes de su tiempo, por el desdén hacia las vanidades de la belleza intocable, indeformable, inconsumible. Su amor se hace cruento, en un afán tremendo de desgaste, de pérdida, de contaminación caliente de la vida y sus fortalezas humanas:

*Vierte, viértete sobre mis deseos,  
ahórcame en tus brazos tan jóvenes,  
que con la vista ahogada,  
con la voz última que aún brotan mis labios,  
diré amargamente cómo te amo.*

Se despidе de las "gracias del mundo" con un sentimiento faltar, insatisfecho:

*Adiós, dulces amantes invisibles.  
siento no haber dormido en vuestros brazos.  
Vine por esos besos solamente;  
guardar los labios por sí vuelvo.*

Hasta aquí hemos entrevisto la humanización de una trayectoria amorosa, en lo que va desde las invocaciones al amor idealizado y yacente en sus atributos de perennidad hasta la entrega más directa, en que la pasión araña todos sus deseos, satisface todo su anhelo de gasto humano, hiere y mata su última porción de ser. Más aún queda el decisivo, el grande y personalísimo asunto cernudiano: el olvido. Olvido como forma extrema del amor, como amor *desandado*, como amor hecho desde el fin a los principios. Olvido que se convierte en una forma pavorosa y desconocida de estar amando. No creo que exista en ninguna otra poesía algo parecido a esta rara forma ascética del amor, que asume en sí misma los conceptos claves de la endeblez humana:

*Pero así no basta;  
más allá de la vida  
quiero decírtelo con la muerte,  
más allá del amor  
quiero decírtelo con el olvido*

El poeta ha dado con un "non plus ultra" amoroso, cima de toda expresión y pasión, Y todavía hay más:

*No quisiera volver,*

*sino morir aún más,  
arrancar una sombra,  
olvidar un olvido.*

Ya está Luis Cernuda en su soledad cerrada, hecho un olvido de amor, un "amor color de olvido". ¿Levantará algún día a un aire nuevo las alas primeras de su vida, en voluntad rehecha y ascendente, al encuentro con Dios? *Deus scit.*

## LEOPOLDO DE LUIS

### LA SOLEDAD POBLADA

Hojeo los libros de Luis Cernuda al azar, y dos veces hallo este concepto, esta espuma sugerente que levanta la bella ola de ambas palabras en el desnudo, hondo, terso mar de sendos poemas:

*"La soledad poblé de seres a mi imagen" (1)*

y, años después,

*"Cómo esta soledad será poblada un día,  
aunque sin mí, de camaradas puros a tu imagen" (2)*

Ha pasado la vida, corriente fluvial como en el eterno símil manriqueño, entre los alabastros de estos versos, tal entre columnas de dos orillas gemelas y distantes.

El que sabe que "viven y mueren a solas los poetas", creó como un dios seres a imagen propia, los amó, los dejó zacasos en el olvido? para quedar aislado, "inerte y blanco".

"El hombre es una nube de la que el sueño es viento" y los seres soñados arrebatadamente le acompañan al fondo de un destino indeclinable. Y el poeta sabe que ese destino no se cumple del todo hasta que su canto no llega a la viva caja resonante de otro corazón. ("La poesía arranca en el hombre y termina en

el hombre. Entre polo y polo puede pasar por el universo mundo", ha escrito Vicente Aleixandre). Ese es su sino: su grandeza y su servidumbre. Y el poeta se siente perdurar en quienes mañana vivan la comunicación de su mensaje. Ve de nuevo poblarse su soledad, mas ahora de lejanos futuros camaradas transitando la tierra humanamente estremecida de su obra. Toma consciencia de su trascender y se siente rebasar del propio yo que hace y deshace entes de sueño, y los que habitan esa soledad ya no son a *mi*, sino a *tu* imagen. Es ese tránsito en el que se objetiva lo subjetivo, en el que la radical intimidad de la poesía lírica—ese respirar por la herida—cobra a fuerza de serlo el valor genérico que la haga respirable atmósfera para los demás hombres. Sólo porque el poeta puebla su soledad—"radical soledad" humana—de seres a su imagen, un día encuentra eco en el general corazón al que se comunica, en el múltiple corazón que le acompaña, que puebla su soledad de camaradas, de imágenes gemelas y distintas. En ese resonar de la palabra no muerta, no ahogada en uno, seguir viviendo, o más: hallar la acaso verdadera, definitiva vida, al encontrar colmado su destino:

*"mis sueños y deseos  
tendrán razón al fin, y habré vivido."*

Cuánta conmovida verdad hay en los ver-

(1) «Himno a la tristeza»

(2) «A un poeta futuro»

sos que nos descubren la dolorosa lucha sostenida día tras día en el poema donde el amor y la tristeza hicieron hueco. Lucha tenida a raya con serenidad y belleza; con la estatura exacta de lo hermoso.

*"Nunca han de comprender que si mi lengua  
el mundo cantó un día, fué amor quién la inspiraba.  
Yo no podré decirte cuánto llevo luchando  
para que mi palabra no se muera  
silenciosa conmigo y vaya como un eco  
a ti, tal la tormenta que ha pasado  
y un són vago recuerda por el aire tranquilo."*

Así, una tormenta, se agita la vida del poeta, para dejar después como un vago recuerdo por el aire. En lucha con la verdad, por dentro, y con la expresión, por fuera, llevado por un destino que exige ciegamente fidelidad. Esa fidelidad a uno mismo que por serlo, es también fidelidad a su tiempo, al tiempo en que vive el poeta, del que no puede desentenderse. Que sí, en soledad, un día, vió a la tristeza materialmente dulce.

*"Fortalecido estoy contra tu pecho  
de augusta piedra fría,*

*bajo tus ojos crepusculares,  
oh madre inmortal."*

cuando sintió su juventud cercada e inmersa en una contienda de común esfuerzo, de general dolor crecido entre disparos, fué la martirizada tierra patria la que como una madre se alzó hermosa en su verso:

*"Háblame, madre;  
y al llamarte así, digo  
que ninguna mujer lo fué de nadie  
como tú lo eres mía.  
Háblame, dime  
una sola palabra en estos lentos días,  
en los días informes  
que frente a ti se esgrimen  
como amargo cuchillo  
entre las manos de tus propios hijos." (3)*

Esta ejemplar fidelidad y esta ejemplar serenidad de la obra cernudiana, son signos inequívocos de gran poeta. De poeta que nunca vive solo, pese a la verdad grave de su verso. Que está siempre poblada su soledad de seres que cierran ese ciclo de un destino ya no precederán.

(3) "Elegía española"

## RICARDO MOLINA

### LA CONCIENCIA TRÁGICA DEL TIEMPO CLAVE ESENCIAL DE LA POESÍA DE LUIS CERNUDA

Una de las características de la poesía de Luis Cernuda es la fidelidad a sí misma en el transcurso de veintinueve años. El lector consciente encontrará que el gran poeta de "Como quien espera el alba" es esencialmente el mismo de "Perfil del Atré". Ha habido naturalmente un mayor despliegue de perfecciones, una mayor profundización de temas, un mayor relieve de la personalidad. Pero lo importante es comprobar que en *Perfil del Atré* está ya potencialmente contenido en espíritu y lenguaje, en te-

ma y estilo, el poeta veintinueve años posterior.

Su primer poema "Va la brisa reciente" nos da notas fundamentales que jamás dejarán de definir ya su poesía. Fugitividad y fragilidad matizan el poema de ese delicioso tono aéreo y leve característico, que es el mismo que admiramos en composiciones posteriores como el delicadísimo *Scherzo para un Elfo*.

*"El crepúsculo huye..."*



"Las fugitivas luces"

"Va la vida reciente"

"Primeras golondrinas"

Unas cosas acaban de llegar: golondrinas, brisas; otras van de paso: luces, crepúsculos.

Encontramos también una antítesis netamente cernudiana: la oposición entre fervor e indolencia. La correlación

*Tan sólo un árbol turba  
la distancia que duerme.  
Tal el fervor alerta  
la indolencia presente*

donde el árbol halla su correlato en el fervor y es símbolo de impulsión y de vigilia, mientras que la distancia encuentra el suyo en la indolencia. El comparativo "tal" está ya aquí presente, rubricando la autenticidad estilística de su empleo. "Tal", responde en Cernuda al ansia de sobria perfección, al dinamismo íntimo de sus semblanzas, a la vivacidad del tránsito del plano real al ideal, a la rápida intuición de las correspondencias.

Tanto en la parte como en el todo *Perfil del Aire* es libro revelador de una potente personalidad poética. Una de las peculiaridades más distintivas de los maestros de la generación de Cernuda es la acusada e irreductible personalidad de cada uno. Desde su aparición como joven maestro de la poesía española, Cernuda respondió como el que más a tan señalada virtud. Su acento poético es inconfundible desde el principio y acaso ninguno de sus compañeros de generación se haya mantenido tan íntegramente como él, fiel a sus comienzos. Por eso causa asombro oír decir a críticos indudablemente más autorizados que yo—pero acaso más parciales también—que en *Perfil del Aire* es manifiesta la influencia de otro gran poeta de aquella generación: la del "enorme y delicado" Jorge Guillén. Los respectivos mundos poéticos son tan personales en cada caso, e inconfundibles, que no veo por dónde ni cómo hayan podido nunca relacionarse, a no ser por algo tan superficial como la métrica, pues efectivamente, tanto Guillén como Cer-

nuda irrumpen en el campo de la poesía con décimas y heptaslabos, que por otra parte tienen larga tradición española. No encuentro en *Perfil del Aire* (incorporado en gran parte a *La Realidad y el Deseo* bajo el título de *Primeras Poemas*) poema cuyo espíritu corra paralelo al de Guillén. Los poemas que pudiéramos llamar de objetos, que en Cernuda nunca lo son totalmente, como la décima a un abanico, proceden de la poesía de objetos de Mallarmé, de *Les éventails*, como no ignorará quien haya leído con atención a ambos poetas. Hay además en las décimas de Cernuda un desarrollo lógico que los emparenta directamente con las calderonianas:

*"Pues si aquel mudo señuelo  
es caña y papel, pastivo  
al curvo desmayo estivo,  
aún queda fresca delicia,  
la que abre tu caricia  
oh ventilador cautivo."*

Obsérvese el giro peculiar: "Pues si aquel..." tan propio de Calderón, así como el sabor entrañablemente español de "aquel mudo señuelo es caña y papel" o bien la violenta imagen del "ventilador cautivo", todo ello como si hubiera brotado del clima idiomático del siglo XVII.

Otros temas como el de Narciso o la Música hacen pensar en el simbolismo francés y concretamente en Mallarmé. Así ocurre con el poema núm. 11 donde

*"La música, que aterida  
en el papel hizo nido,  
alisando su sonido,  
tiende el vuelo del atril..."*

puede remotamente evocar la última estrofa de la "Sainte" de Mallarmé de cuyo "plumage instrumental" vislúmbrense reminiscencias en "alisando su sonido", puesto que la música es antes transformada en pájaro y el sonido en pluma.

Si leemos con atención *Perfil del Aire* descubriremos que su íntima clave es la conciencia de la fugacidad de las cosas, la *conciencia trágica del tiempo*. Creo que ella es la más persistente "constante" a lo largo de toda la obra

de Cernuda (Prosa y Verso). La selección de los verbos utilizados frecuentemente lo corrobora así como el *reiterativo juego antitético entre lo presente y lo ausente*. Alejar, escapar, huir desertar, deponer, llevarse, volar, son los verbos usados con preferencia. Hojas, fuerzas vírgenes, brisas, plumas, todo pasa, arrebadado trágicamente. Todo es inconstante y huidizo. Las hojas desertan; el aire huye en volandas. La inestabilidad resultante de un universo impedido por perpétuo fluir influye en que sean precisamente amaneceres y crepúsculos, esto es, breves y marcadas fases de tránsito, los elegidos por Cernuda, o mejor aún, los presentes en su espíritu como símbolos cotidianos del irrefrenable devenir.

En consecuencia lógica el poeta sensible al tiempo, siente por todas partes abandono, saturase de vacío, de desengaño, y, lúcidamente consciente de la nulidad de toda empresa humana, eleva el ocio a la categoría de pura actitud filosófica. Por eso su obra primera se halla dominada por el desengaño, la sensación desoladora de vacío, y flota por ella una atmósfera de "ingrúvida somnolencia", (acaso sueño y muerte sean las únicas formas de evasión posibles de esta veleidosa realidad). Sueño es diaria liberación: El universo juvenil de Cernuda está penetrado y como impregnado por él: objetos, criaturas, paisajes se abandonan a ese: *morir cotidiano, undoso*. Aquí y allá aparecen: *la pantalla adormecida; el aire dormido; la orilla soñolienta; la distancia que duerme; el limbo extático; el sueño embelesado; la lámpara que ya duerme; o el amor que yace en sueños*. La ausencia y el vacío: *la calma vacía; el mundo sin goces ni sonrisas; el afán sin ayer; el cuerpo ausente; el tibio vacío; el espacio solo y quieto; la fugaz memoria de plata...*

Que las apariencias engañan nunca es tan evidente como en el caso de "Perfil del Aire". Apenas calamos un poco en su contenido nos sentimos alejados de la poesía de "Cántico". Compárese el universo sólido, en feliz aplomo sobre sí mismo de Guillén con el mutable universo de Cernuda, alterado por patética crisis temporal. Compárese el totalizador presente guilleniano, con el efímero y frágil presente de Cernuda; la poesía intimista y romántica de

"Perfil del Aire" con el poema apolíneo, cósmico, optimista del primer "Cántico".

Pero entre las notas señaladas en "Perfil del Aire" apuntamos la conciencia trágica del tiempo. En ella creemos que reside la raíz esencial de la poesía cernudiana. Cuando el sentimiento consciente del tiempo subyuga al poeta con el imperio que a Cernuda, el resultado es necesariamente la elegía. Yo definiría a la elegía como poema en el que la consciencia del tiempo subordina a toda otra vivencia. De ahí que toda la obra de Cernuda, especialmente *Nubes* y *Como quien espera el alba*, sea una gigantesca y purísima elegía. Elegía "El joven marino"; elegía "Dónde habite el olvido". El tiempo tiene sus criaturas y deseos, sus pasiones y anhelos. La evocación y nostalgia juegan papel preponderante. Su concepción del hombre está fundada en la angustiada conciencia de su temporalidad. En "Las Ruinas" canta en versos de sobria grandeza:

*Mas los hombres hechos de esa materia fragmentaria  
con que se nutre el tiempo, aunque sean  
aptos para crear lo que resiste el tiempo,  
ellos en cuya mente lo eterno se concibe,  
como en el fruto el hueso encierran muerte.*

Repárese en el concepto "materia fragmentaria" que expresa maravillosamente esa mudanza substancial de los seres, a los que niega cuanto implique permanencia, estabilidad, identidad. Los hombres son:

*"estas formas  
evidentes, de brusca carne y hueso,  
súbitamente rotas por un resorte débil..."  
(A un poeta futuro)*

Contra el destino temporal la conciencia individual sublévase. Una protesta de todo nuestro ser se alza contra la muerte. El poeta se dirige a Dios y argumenta:

*Tú que nos has hecho  
para morir ¿por qué nos infundiste  
la sed de eternidad que hace al poeta?  
(Las Ruinas)*

Es la temporalidad del universo, la mudanza física y espiritual de las criaturas, la presencia

constante de la caducidad, el envejecimiento, la corrupción y la muerte quien pone un peso de amargura en todo placer, un desengaño en cada amor, quien colorea de intenso y desolado pesimismo la poesía de Cernuda.

Todo es sentido, intuitivo, cantado en función del tiempo: la hermosura, la vida, el poeta, el amor. Bien claro lo dice en: *Como quien espera el alba*:

*Todo es cuestión de tiempo en esta vida,  
un tiempo cuyo ritmo no se acuerda,  
por largo y vasto, al otro pobre ritmo  
de nuestro tiempo humano corto y débil.*

*Si el tiempo de los hombres y el tiempo de los dioses  
fuera uno, esta nota que en mí inaugura el ritmo,  
unida con la tuya se acordaría en cadencia,  
no callando sin eco ante un mundo auditorio.*

(A un poeta futuro)

El breve poema *Mutabilidad* puede en tal sentido interpretarse como resumen y fórmula del problema central de la poética cernudiana:

*Díme, hermosura,  
por qué tu luz se mustia.*

*Díme, deseo,  
por qué te olvida el cuerpo.*

*Díme, alma,  
por que tu voz se apaga.*

*Alma, deseo, hermosura,  
son galas de las bodas  
eternas con la muerte  
incolora, incorpórea, silenciosa.*

(Mutabilidad)

Cual era de esperar en un lírico tan transcendente, el problema del poeta y de su destino había de constituir uno de los grandes temas constantes a lo largo de su obra. Desde Fray Luis de León hasta Baudelaire muchos grandes líricos afrontaron esta cuestión. Si Fray Luis atribuye al Poeta, de acuerdo con la significación primaria de "vate", una alta misión profética, y Baudelaire lo compara con el albatros caído en tierra, cuyas alas gigantes le impiden caminar, o bien le hace aparecer como un predestinado y un ser maldito juntamente,

*Lorsque par un décret des puissances suprêmes  
le Poète apparaît dans ce monde ennuyé...*

Cernuda lo define como un hombre primordialmente ansioso de eternidad. Sed de tiempo lo devora:

*[Oh Dios] Tú que nos has hecho  
para morir, ¿por qué nos infundiste  
la sed de eternidad que hace al poeta?  
¿Puedes dejar así, siglo tras siglo,  
caer como villanos que deshace un soplo  
los hijos de la luz en la tiniebla avara?*

(Ruinas)

¿Qué es la poesía sino una patética lucha por no morir y porque no mueran tampoco con nosotros la hermosura, el amor, el deseo y cuanto de bello alienta sobre el mundo? El supremo afán del poeta es salvarse de la muerte:

*No destruyas mi alma, oh Dios, si es obra de tus  
sálvala con tu amor...*

[manos;

(Apología pro vita sua)

pero también salvar cuanto está condenado a ella, eternizar lo frágil, fijar lo fugitivo, dar vida perdurable a lo percedero.

Del universal conjunto de seres, criaturas, objetos, le hiere el efímero destino de la belleza:

*¿Es la hermosura  
bajo forma carnal divina idea  
hecha para morir?*

(El Águila)

El poema hermoso, la bella escultura, la conmovedora sonata, la criatura humana ¿han de morir irremisiblemente?

*Tú no debes morir. En la hermosura  
la eternidad trasluce sobre el mundo.*

(El Águila)

El viejo mito de Ganymedes apunta en el poema citado una solución: religiosa. La criatura bella es recreo de los dioses:

*Vino de oro  
que dioses y poetas embriaga.*

(El Águila)

"Amor divino", (Dios), "sombras de espacio y tiempo pone en fuga" y es playa de eterno goce, de incorruptible belleza donde el hombre se salva, porque entre hombre y Dios existe una comunicación amorosa:

*La luz eterna baja enamorada  
hasta su obra.*

(El Aguila)

Sálvase el poeta y salva lo que ama con algo tan delicado como la palabra. Por eso en "A un poeta futuro" nos confía su trascendental labor:

*Yo no podré decirte cuánto llevo luchando  
para que mi palabra no se muera  
silenciosa conmigo...*

El poeta es el vencedor del tiempo contra el cual lucha como Jacob con el Angel. Al final su voz triunfa sobre él:

*El tiempo, duramente acumulando  
olvido hacia el cantor, no lo aniquila  
su voz más joven vive, late, oscila  
con un dejo inmortal que va cantando.*

(Homenaje)

En su propia voz, en su propia poesía, halla el poeta consuelo y más aún: fuerza para vivir pese al desengaño, el dolor y la muerte. Lo referido a Góngora puede serlo también a todo auténtico poeta:

*Mas en la poesía encontró siempre no tan sólo  
[hermosura sino ánimo,  
la fuerza del vivir más libre y más soberbio,  
como un neblí que deja el puño duro para buscar  
traslúcidas de oro allá en el cielo alto. [las nubes  
(Góngora)*

El ministerio del poeta tiene mucho de sacrificio personal en aras de la obra. A veces tal anhelo es expresado con claridad y precisión:

*Quién le diera a tus verso  
.....  
vivir sin ti y sin nadie, con vida entera y libre.  
(Magia de la obra viva)*

El poeta absorto en su obra descuida con frecuencia los otros bienes que le ofrece la vida: honores, riquezas. De ahí que con un criterio

estrictamente pragmático pueda considerarse una víctima:

*"Ha sido la palabra tu enemigo:  
por ella de estar vivo te olvidaste".*

(Noche del hombre y su demonio)

Esta interpretación coincide con la de los grandes románticos europeos. Lamartine también juzgaba así las cosas cuando exclamaba:

*Muse, contemple ta victimel  
ce n' est plus ce front inspiré,  
ce n' est plus ce regard sublime  
qui lançait un rayon sacré:  
sous ta dévorante influence,  
à peine un reste d' existence  
à ma jeunesse est échappé...*

(L'Enthousiasme)

Pero que el poeta no se afane tras ciertos valores útiles no debe malentenderse como carencia de sentido de la realidad o rendimiento sumiso al sueño. Nada más lejos de la interpretación cernudiana:

*Sueño no es lo que al poeta ocupa  
más la verdad oculta, como el fuego  
subyacente en la tierra. Son los otros  
traficantes de sueños infecundos  
quienes despiertan en la muerte un día  
pobres al fin.*

(Rto vespertino)

Consciente de su misión, se sacrifica por la Poesía, cumpliendo,

*el amargo placer de transformar el gesto  
en son, sustituyendo el verbo al acto...*

(Noche del hombre y su demonio)

Porque sólo así realizará aquella su ineludible esencia, su secreta virtud:

*Dos veces no se vive, amigo. Vivo al gusto  
de Dios. ¿Quién evadió jamás a su destino?*

(Noche del hombre y su demonio)

Y no encuentro más alta dignidad para un poeta que ésta, nunca mejor ostentada que en el caso de nuestro Cernuda, de cumplir su destino poético—uno de los más gloriosos y puros de la poesía española de todas las épocas—y cumpliéndolo, alcanzar la gracia de "vivir al gusto de Dios".

## JUAN BERNIER

### LA ANTIFANTASIA POETICA Y CERNUDA

Claro está, y así debía de ser, que el mundo poético ha vivido siempre en el Parnaso. Es decir más allá de la tierra, en el cielo o el Olimpo si vale. La prosa en cambio echó raíces como un árbol, se mezcló a la tierra, no pudo jamás desmaterializarse, agachó sus orejas y trató de cocina o de filosofía, de lujuria o de hipertensión. Más bien visión que retrato, la poesía por querer ser puramente poesía, era algo etéreo, enteramente irreal, delicada, femeninamente aroma o cromo rosa de almanaque o postal. Los poetas, si damos este término masculino solo por razón mayoritaria y anatómica, creaban su mundo, no solo desligado de los demás, sino de sí mismos. Había que elevarse poéticamente y no ver su propio ombligo; este aquí abajo del yo y de las cosas. Cientos de Garcilasos usaron de este tobogán poético para ascender a la cumbre, donde el bufón tenía su papel y el poeta el suyo. El "bel trovar", la galantería y los conservatorios; el suspiro, los otoños, los almendros en flor, el amado y la amada. ¡Cualquiera diría que no nos habían arrojado del Paraíso!

Pero fuera de él estamos. Y el poeta, si tiene una chispa divina en sí, no ha de imaginar su mundo, sino bajar a sumergirse en el de aquí abajo, que es de barro y muchas cosas más. Tiene que contemplarse él sólo y a los demás. El poema es verse y ver a los otros, desde el ático al sótano de su común alojamiento. Verse y ver con su propio ser noble y cobarde, rutinario o extravagante. Cuerpo y alma con sus latencias ancestrales, sus apetitos diarios, su atadura a un cinemascopio abisal y casi demoníaco. Nuestro yo como espectáculo, y al lado, la naturaleza acariciando o maltratando el tácto. De esta verdad, de la que se hace prosa, se puede hacer incluso,—este incluso es lamentable—, poesía.

En el tema rancio, (amor), todo es concebible. Desde el ridículo o el suicidio, (es lo mis-

mo) hasta el sacrificio o el rebajamiento, llamados nobles posturas románticas. De este tema 75 % olímpica y numéricamente poético, la poesía ha trasegado miles de creaciones absorbentes, en su subjetivismo estúpido. Porque lo erótico es sólo una faceta mínima de toda la verdad, de toda la certidumbre e incluso de toda duda vital. ¿Por qué no ha de ser poético tratar de las cosas elementales? Elemental es el comer, elemental es la lujuria y elemental, emborracharse. Nosotros estamos hechos de tales cosas elementales. ¿A qué tanto olvido de lo que somos y donde estamos? El ideal de hoy no es subir por una escala de seda, sino bajar por la escalera de caracol al profundo y misterioso corazón caliente de las cosas.

Cuando el escritor o el poeta no olvida esto, se ve libre de tomaduras de pelo. Hay una serie de hombres, entre otros, Apuleyo, Aretino, Petronio, Boccaccio, Rabelais o Montaigne, que dejan tras sí el pasmo de las cosas tal como son: No es intencionadamente la prosa del "Code Civil" o el repugnante barroquismo realista de un Zola. Es la naturalidad inintencionada, el pincel vivo y rasgueante, sobre el lienzo impoluto de la antifantasia. Así, sí. Pero los poetas no. Ellos siguen con los estados subjetivos, con sus llantos, sus lágrimas, sus suspiros como materiales de derribo que se aprovechan para unas obras nuevas. Algunos como Gide por ejemplo hacen jugo de pétalos de cualquier problema hondo, áspero, brutal; otros escriben dentro de un cuenco de cristal, alejados de toda humanidad, pero resplandecientes de artificiales fuegos de luz y color, hasta cegar la mirada humilde que aspira a ver y comprender el mundo.

La lengua española, (el francés de Montaigne), ni quita ni pone rey. Ni melodía extremada, ni lacónico filo cortante. Es el instrumento apto para la difícil naturalidad, para la

expresión pasmosa y casi mágica de lo que es y de lo que hay. Lo mismo le sirvió esta lengua a Góngora que a Gracián. Los temas más heterogéneos tienen, con la base substancial de este lenguaje, una realidad más que artística, fotográfica, de ese latido existencial que hasta la nimiedad tiene en la vida. Y ésta es por sí misma, demasiado complicada, misteriosa, admirable, para que se la vista de máscara y se les adorne con abalorios de estilo o fantasías sentimentales.

En España, desde el marthembrismo de Garcilaso, el canoro pavo real de Góngora y el retahila asonante-consonante de Zorrilla, ningún poeta dijo nada y cuando lo dijo, ya no fué poeta, sino dramaturgo.

El descubrimiento del descenso poético como base para hacer poesía, ha venido después. Surgió en cierto modo de la aguda amargura de los problemas personales o de la consideración de la moderna tragedias de masas, atropelladas, exterminadas o hambrientas. Vino del fracaso de las doctrinas, del orden o de las ideas. De saber el hombre que su solo lazo es con las cosas, con las que vive cada día y con las que

muere. De saberse el mismo un mundo desamparado.

Lo que se tiene, bueno o malo, es lo que se ama. Lo que se tiene, es también lo que se conoce. De aquí la diferencia entre la poesía de verdad y la poesía del deseo, la poesía fantástica. Hay más poesía entre un hombre y un perro que se quieren, que entre un Quijote y una Dulcinea imaginaria. Más en la arcilla, el barro, el cántaro, que entre nuestros labios apaga la sed, que en la visión de un paraíso perdido o sin perder. Más entre el brazo de un amigo sobre nuestra espalda que en el canto voluptuoso del ruseñor.

De esta poesía, que Cernuda empezó muy joven, podemos decir que es tierra. Porque incluso lo áspero, lo desagradable, se acoge en el seno del poeta, como algo inevitable y propio, a lo que dar calor. ¡Oh, no! ¡No alejarnos! Todo es nuestro totalmente. Lo bueno, lo malo, lo brutal, la de aquí abajo, lo que late en nosotros y en las cosas, actual, oscuramente primitivo, es como un timbre genealógico, un título, blasón. Bajemos siempre, siempre...

## PABLO GARCIA BAENA

### DIVAGACION SOBRE LA ANDALUCIA DE LUIS CERNUDA

En la primavera del 36, Luis Cernuda, "deserrado en Castilla", desde las páginas de "Cruz y Raya" se asoma a su claro país de origen en una "Divagación sobre la Andalucía Romántica". No conocemos bien la iconografía de Cernuda, apenas si uno o dos retratos, pero nos lo imaginamos en aquel abril de hace veinte años, poco más o menos como en la fotografía que ilustra la antología de Gerardo Diego: fino, moreno, voluntarioso, con un oscuro brillo de entredulce fiereza en la mirada y en las manos,

que el destino perfuma de amargas hierbas, la fuerza de su sino.

Con las páginas amarillentas que sobre las ciudades del Sur español escribieron los inquietos viajeros ochocentistas, va entremezclando Cernuda la alta calidad de su voz andaluza y auténtica como una fresca agua que corriera entre ruinas de invención, por teatrales Alhambras legendarias y Córdoba de viejas casas góticas en el delicioso "pastiche" romántico. Y cuando termina el lánguido encanto de la "Divagación", cuando el poeta

*como un ángel que arrojan  
de aquel edén nativo*

se vuelve con su sed "hacia las áridas llanuras castellanas", nos damos cuenta de que las crónicas y los ilustres viajeros, con las citas de Lord Byron, de Chateaubriand, de Edgar Quinet, han sido solo un pretexto para deleitarnos casi voluptuosamente en una interpretación magistral y personalísima de la misteriosa Andalucía.

¿Qué buscaban y qué era Andalucía para los visitantes románticos? Es el propio Cernuda quien contesta: felicidad. Como el peregrino de amor de las leyendas árabes, como todo viajero en éxodo hacia países de luz y de pereza, buscaban "una salvaje libertad vital", "la realización de un sueño presentido". Y venían a buscarlo a un pueblo donde late, en frase de José M. Izquierdo, "una ilusión de felicidad apenas confesada". Pero Gautier creía imposible ser desgraciado bajo la sombra de las palmeras. Y Chateaubriand nos dice: "Recorrí la antigua Bética donde los poetas habían situado la felicidad". El mismo Hércules, cuando se acerca a la blanca Gades "imagina que un cielo de amores le sonrío".

¿Encontraron lo que buscaban? ¿Lo encontró Cernuda? "Para el andaluz la felicidad aguarda siempre tras un arco". Pero ese arco ¡ay! quizás sea la puerta por donde saliera de la Alhambra el melancólico Boabdil desposeído del mas real ensueño de la tierra, arco que él mismo mandó cegar para que ningún humano volviera a traspasar sus umbrales.

Paraíso, Edén... Si algo nos queda del terrenal vergel es el ocio como cualidad anterior al divino precepto del trabajo, como "fórmula de cultura" dijo Ortega y Gasset. El ocio. Otro tema amado por Cernuda: "tantas lentas mañanas ganadas en ocio celeste"... Y cuando lejos de la

*Tierra nativa, mas mía cuanto más lejana,*

en el México de "los ecos nuestros que aquí resuenan, intactos a pesar del tiempo y del extrañamiento, con tal familiaridad", aquel chamacoco inolvidable recostado en el umbral de un convento, con el semi-inconsciente desprezo

del Adán de la Sixtina, ¿no es acaso la luz de Málaga la que ciega en esas cales enfebrecidas, en ese desvanecimiento enervante entre sueño y vigilia?

Hemos nombrado Málaga. Luis Cernuda ante ella calla enamorado. Le parece que el elogio de la amada sería su propio elogio. Pero en "Ocnos", en esas páginas deslumbrantes que él llama "El Estfo" hay un aroma, una caricia, un mojado surgir de oscuros mármoles carnales, algo que es a la vez, como la dicha, tacto y huida. Esta es Málaga, aunque el celoso amante no pronuncie su nombre. Núbilmente velada es el amor quien la reconoce. Todo un día camina el poeta por su embeleso: suenan las guijas plateadas de su parque, sangra el rojo labio de los pacíficos, ondula la respirante escama de su mar como un delfín que expira en la orilla... En una tarde en que el morado de las bogavillias de Puerta Oscura aromaba la sensual penitencia de la primavera, pensaba yo en Luis Cernuda y en sus días malagueños. Quizás ya entonces Bernabé mostrara a sus huéspedes el asa etrusca. Con el "mono" blanco y las sandalias, el poeta "alado casi, como un dios", entregado a la luz vivía "el momento entonces presente, entero y sin remordimientos".

¿Y Sevilla, la ciudad natal? Tal vez Luis en la divagación de "Cruz y Raya" sea injusto con ella. La encuentra "disfrazada como para un carnaval". Pero el espíritu de Sevilla, a pesar de la Exposición, de los Quintero y del derroche ornamental de falsas Eritañas para la exportación, permanece intacto como una soterrada y fina daga de ataufías. Taberna de los Alfareros en Triana, calles del Reposo, de las Fresas, de los Cisnes... Hay unas altas tapias que clausuran el empolvado verdor de un jardín antiguo. Una voz canta, brava:

*Si se ha muerto, que lo velen...*

Don Miguel de Mañara abre su Libro de la Vida y la Muerte. Se cierran unos postigos. Tal vez una mano suave entre las finas batistas. ¿Bécquer?. Sí, irrealidad, luz difusa, voces tenues de los niños "campanilleros", melancolía, en contra de la exaltación dramática, del chafarrinón y el navajazo de Carmen, del Burlador, del Rey Don Pedro. Esta fina melancolía

sevillana la rasga maravillosamente el poeta con el quejido largo de los pregones. El primer pregón, en la primavera, era el de los claveles. Cuando Santa Teresa escribió que el demonio tiene más poder en Andalucía que en ninguna otra parte del mundo, estaría oliendo unos claveles. El segundo pregón era llamada viva del verano: ¡Los pejerreyes! El tercero, largo, y ronco como un final de saeta, levantaba el humo del otoño por las estrechas calles: ¡Alhucema fresca! "Era el primer pregón la voz, la voz pura; el segundo el canto, la melodía; el tercero el recuerdo y el eco, la voz y la melodía ya desvanecidas".

*"Blanco Cádiz de plata en el recuerdo"...*

Fúlgen al sol las cúpulas amarillas de la Catedral. Por el espacio claro, un presentimiento de tragedia inminente. El vapor de El Puerto abre la media luna radiante de la bahía. Las espadañas del Carmen se hinchan como velas al viento del Atlántico. Bullen alrededor los tipos del pueblo: el marinero y la vieja del pañolón negro. Las tabernas con reservados de madera como los vagones de un tren romántico. El freidor, las calesas, la calle Soledad. Café "Novelty". Y el tanguillo

*...la plaza de las Canastas  
se alumbra con mariposas...*

como coronamiento de una desengañada angustia popular, de una tristeza resignada, de una inútil espera junto a la orilla. Lo vio Villalón:

*Las naves de Indias que eran tu tesoro  
no llegan...*

Cuando bajamos a la tumba de Falla nos sobrecoje la eternidad: las aguas se han cerrado al fin sobre el luciente galeón de Cádiz como se cerraron sobre los viejos muros fenicios. Estamos solos en la encristalada ciudad submarina.

¿Solos? La voz de Luis Cernuda parece trastornarse en la contemplación de la ciudad amada y se pregunta: "¿Es una isla esta ciudad? El mar ciñe como cinta de zafiro y diamante el claro prodigio romántico de Cádiz". Y cuando invoca a las gracias del mundo

*aún ven mis ojos las salinas de sonrosadas aguas,*

Cádiz lunático y antiguo surge como una dalia plateada "ante la gran criatura enigmática, el mar inexpressable".

Granada, Córdoba... Inmóviles aljibes bajo el ciprés o el limonero. La letal atracción de estas ciudades tienta el poeta y asomado a la verde lágrima de los estanques siente la anulación de tiempo y acción. Campanadas. El aire es un pesado laude sobre la vida: "Aquí reposa"... Dice Cernuda: "piedra, vegetal y agua sueñan y desfallecen bajo el profundo cielo andaluz". Córdoba, junto al pozo doliente de las guitarras, entre el plegado mármol de la toga de Séneca, renuncia a la felicidad. Y el placer creo que que no lo ha conocido nunca. Granada es la ciudad que vence llorando. Hasta el teutón Emperador fué cautivado por su lento veneno y el palacio que erige es el último grillo que los vencedores ciñen a la cintura de Granada. Pero ella suspira y rasga esos velos de nieve de su sierra y el enorme palacio se convierte en ruinas, en fantasmas que huyen entre los arrañes, en albercas cuajadas de estrellas simétricas, en perfume y lejanía... Y una mano anónima y errante escribe sobre el yeso del Generalife fieles nombres de amadores.

Hemos terminado el recorrido romántico y cernudiano de Andalucía. El fatigado viajero puede sentarse en cualquier vieja plaza de las ciudades visitadas; en el silencio o el bullicio de la tarde será igual: bellos rostros morenos, ágiles cuerpos rubios pasarán entreabriendo el ala misteriosa de su entrega. El viajero sonríe: Sí, estamos en el paraíso.



# RICARDO MOLINA

## ODA A LUIS CERNUDA

• *Onorate l'altissimo poeta* •

*Tu has visto y has vivido aquellos días,  
tu has bebido aquel agua armoniosa,  
tu has ceñido tu frente con un junco  
y luna grande refrescó tu boca  
y vida matinal abrió sus flores  
en la espinosa rama de tu sangre,  
por eso vas tan solo y desdenoso.*

*Qué penumbrosa arquitectura verde  
alojó en sus estancias tembladoras  
tu hermosa vida que era luz de un sueño,  
qué claras galerías, qué rincones  
de virginales aguas suspirantes  
a tu paso temblaron como alma  
profunda al paso lánguido de un beso,  
qué música indecisa de los bosques  
se derramaba como madre selva  
del silencioso muro de un jardín  
cuando Abril recogiese en reflejos  
dentro de tu nostalgia de agua pura.*

*Supiste que el amor era tan sólo  
un grácil juego de la Primavera,  
ay, o fugaz y delicioso mimo  
de dioses que se burlan de los hombres,  
y era bello aquel tiempo aunque te hiriese  
y era bello el dolor de aquella herida.  
¿Por eso vas tan solo y desdenoso?*

*Arrojaste de tí el opaco libro  
y todo lo dejaste por el árbol  
eternamente verde de la vida.  
Mirar, gozar, amar, vivir, morir,  
morir para nacer, vivir de nuevo,  
y a cada vida conquistar su muerte,  
simiente de otro amor y de otra vida,  
en vez de ir descifrando en vanas páginas  
los vanos pensamientos ambiciosos,  
la vana sombra que desgarran soles*

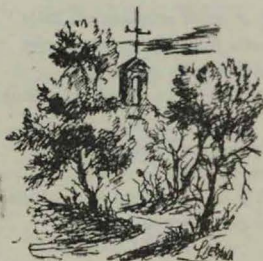
*e vivo amor y de amorosa vida.  
Lo que aprendiste tú, tú solamente  
aprenderlo podías: era tu vida,  
tu voz, tu muerte, gloriosa espada.*

*Los otros no sintieron desde el alba  
su soledad de hombres ante el día  
ni un momento sintieron esa angustia  
de ser diamante altivo ni surgieron  
con desnudez de dios de vagas ondas  
tristes y odiadas de letal costumbre.  
¿Por eso vas tan solo y desdenoso?*

*Sevilla oscura, negra luz y llanto,  
deseperada flor, quemante yelo,  
las líquidas ruinas de una lágrima  
sin palmoteo ni ruidosa zambra,  
sino la ahogada hierba silenciosa  
verde rumor que sólo oyen y olvidan  
errante viento, cándido rocio,  
o matinal alondra embriagada.*

*La dura España interior combate  
en tí; su martinete desolado  
en la fiesta sombría de tu frente  
abrsa su guirnalda inconsolable.  
Una mano divina te golpea  
el corazón, Cernuda, día y noche  
y te arranca el acorde misterioso  
donde el cielo se ahoga pero queda  
el cielo de tu voz para los hombres.*

*(Publicada en «Platero», 1950)*



# MARIO LOPEZ

## LA SANGRE

a Luis Cernuda

*Cuando moscardas liban joyas, labios,  
banderas o claveles en barandas  
de primavera azul y a la redonda  
media España en tendidos se abanica.*

*Cuando la adelfa alumbra. Cuando Mayo  
de oro grana en rubies las esmeraldas.  
Cuando el sol y la sombra. Cuando el aire  
cálidamente enturbia los sentidos.*

*Cuando la sangre. Cuando el espectáculo  
de la muerte en el ruedo. Cuando la hembra.  
Cuando caballo y toro se aureolan  
de fanatismo y de guardiaciviles.*

*Cuando en el cielo de la tarde el alto  
clamoreo de la plaza se derrumba  
en espiral de aplausos sobre calles  
y tabernas sin nadie y golondrinas.*

*Cuando la flor del tétano entreabre  
sus pétalos de estiércol bajo arcos  
de cal y se presagta la cornada  
de feria entre sombreros de crepúsculo.*

*Cuando el clarín rotundamente ataja  
la tormenta fraguada en los timbales  
y el ritual instante que sucede  
quiebra el semblante a los banderilleros.*

*Cuando al cesar la música comienza  
sus primeros compases el latido.  
Cuando el reloj ya marca el primer toro  
al ritmo del silencio y corazones.*

*Cuando encarnada, roja o escarlata,  
sangre animal o humana, palpitando  
en su maravilloso árbol de arterias,  
vá a derramarse al sol y a borbotones  
caliente aún y desmandada al viento...*

# LUIS CERNUDA



## LOS MUROS

*Los muros nada más.  
Yace la vida inerte,  
Sin vida, sin ruido,  
Sin palabras crueles.*

*La luz livida escapa  
Y el cristal ya se afirma  
Contra la noche incierta,  
De arrebatadas lluvias.*

*Alzada resucita  
Tal otra vez la casa;  
Los tiempos son idénticos,  
Distintas las miradas.*

*¿He cerrado la puerta?  
El olvido me abre  
Sus desnudas entancias  
Grises, blancas, sin atre.*

*Pero nadie suspira.  
Un llanto entre las manos  
Sólo. Silencio; nada.  
La oscuridad temblando.*

*(Primeras Poemas)*

## HOMENAJE

*Ni mirto ni laurel. Fatal extiende  
Su frontera insaciable el vasto muro  
Por la tiniebla fúnebre. En lo oscuro  
Todo vibrante un claro son asciende.*

Cálida voz extinta, sin la pluma  
Que opacamente blanca la vestia,  
Ráfagas de su antigua melodía  
Levanta arrebatada entre la bruma.

Es un rumor celándose suave;  
Tras una gloria triste, quiere, anhela.  
Con su acento armonioso se desvela  
Ese silencio sólido tan grave.

El tiempo, duramente acumulando  
Olvido hacia el cantor, no lo aniquila;  
Su vez más joven vive, late, oscila  
Con un dejo inmortal que va cantando.

Mas el vuelo mortal tan dulce, ¿dónde  
Perdídamente huyó? Deshecho brío,  
El mármol absoluto en un sombrío  
Reposo melancólico lo esconde.

Qué paz estéril, solitaria, llena  
Aquel vivir pasado, en lontananza,  
Aunque trabajo bello, con pujanza  
Surta una celestial, sonora vena.

Toda nítida, sí, vivaz perdura,  
Azulada en su grito transparente.  
Pero un eco es tan solo; ya no siente  
Quien le infundió tan lúcida hermosura.

(Egloga, Elegía, Oda)

#### TODO ESTO POR AMOR

Derriban gigantes de los bosques para hacer un durmiente,  
Derriban los instintos como flores,  
Deseos como estrellas  
Para hacer sólo un hombre con su estigma de hombre.

Que derriben también imperios de una noche,  
Monarquías de un beso,  
No significa nada;  
Que derriben los ojos, que derriben las manos como estatuas vacías,  
Acaso dice menos.

Mas este amor cerrado por ver sólo su forma,  
Su forma entre las brumas escarlata,  
Quiere imponer la vida, como otoño ascendiendo tantas hojas  
Hacia el último cielo,

*Donde estrellas  
Sus labios dan a otras estrellas,  
Donde mis ojos, estos ojos,  
Se despiertan en otros.*

*(Un río, un amor)*

### DEJAME ESTA VOZ

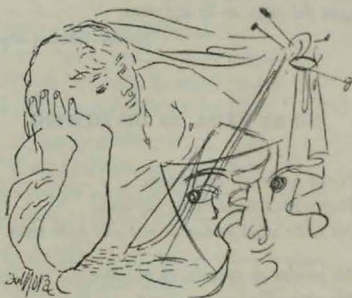
*Déjame esta voz que tengo,  
Lo mismo que a la pampa le dejan  
Sus matorrales de deseo,  
Sus ríos secos colgando de las piedras.*

*Déjame vivir como acero mohoso  
Sin puño, tirado en las nubes;  
No quiero saber de la gloria envidiosa  
Con rabo y cuernos de ceniza.*

*Un anillo tuve de luna  
Tendida en la noche a comienzos de otoño;  
Lo di a un mendigo tan joven  
Que sus ojos parecían dos lagos.*

*Me ahogué en fin, amigos;  
Ahora duermo donde nunca despierte.  
No saber más de mí mismo es algo triste;  
Dame la guitarra para guardar las lágrimas.*

*(Los Placeres Prohibidos)*



### BAJO EL ANOCHECER INMENSO

*Bajo el anochecer inmenso,  
Bajo la lluvia desatada, iba  
Como un ángel que arrojan  
De aquel edén nativo.*

*Absorto el cuerpo aún desnudo,  
Todo frío ante la brusca tristeza,  
Lo que en la luz fuè impulso, las alas,  
Antes candor erguido,  
A la espalda pesaban sordamente.*

*Se buscaba a si mismo,  
Pretendia olvidarse a si mismo;  
Niños en brazos del aire,  
En lo más poderoso descansando,  
Mano en la mano, frente en la frente.*

*Entre precipitadas formas vagas,  
Vasta estela de luto sin retorno,  
Arrastraba dos lentas soledades,  
Su soledad de nuevo, la del amor caído.*

*Ellas fueron sus alas en tiempos de alegría,  
Esas que por el fango derribadas  
Burla y respuesta dan al afán que interroga,  
Al deseo de unos labios.*

*Quisiste siempre, al fin sabes  
Cómo ha muerto la luz, tu luz un día,  
Mientras vas, errabundo mendigo, recordando, deseando;  
Recordando, deseando.*

*Pesa, pesa el deseo recordado;  
Fuerza joven quisieras para alzar nuevamente,  
Con fango, lágrimas, odio, injusticia,  
La imagen del amor hasta el cielo,  
La imagen del amor en la luz pura.*

*(Donde habite el olvido)*

#### NO ES NADA, ES UN SUSPIRO

*No es nada, es un suspiro,  
Pero nunca sació nadie esa nada  
Ni nadie supo nunca de qué alta roca nace.*

*Ni puedes tú saberlo, tú que eres  
Nuestro afán, nuestro amor,  
Nuestra angustia de hombres;  
Palabra que creamos  
En horas de dolor solitario.*

*Un suspiro no es nada,  
Como tampoco es nada  
El viento entre los chopos,  
La bruma sobre el mar*

*O ese impulso que guía  
Un cuerpo hacia otro cuerpo.*

*Nada mi fe, mi llama,  
Ni este vivir oscuro que la lleva;  
Su latido o su ardor  
No son sino un suspiro,  
Aire triste o risueño  
Con el viento que escapa.*

*Sombra, si tú lo sabes, dime;  
Deja el hondo fluir  
Libre sobre su margen invisible,  
Acuérdate del hombre que suspira  
Antes de que la luz vele su muerte,  
Vuelto él también latir de aire,  
Suspiro entre tus manos poderosas.*

*(Invocaciones a las gracias del mundo)*

#### TRISTEZA DEL RECUERDO

*Por las esquinas vagas de los sueños,  
Alta la madrugada, fué conmigo  
Tu imagen bien amada, como un día  
En tiempos idos, cuando Dios lo quiso.*

*Agua ha pasado por el río abajo,  
Hojas verdes perdidas llevó el viento  
Desde que nuestras sombras vieron quedas  
Su afán borrarse con el sol traspuesto.*

*Hermosa era aquella llama, breve  
Como todo lo hermoso: luz y ocaso.  
Vino la noche honda, y sus cenizas  
Guardaron el desvelo de los astros.*

*Tal jugador febril ante una carta,  
Un alma solitaria fué la apuesta  
Arriesgada y perdida en nuestro encuentro;  
El cuerpo entre los hombres quedó en pena.*

*¿Quién dice que se olvida? No hay olvido.  
Mira a través de esta pared de hielo  
Ir esa sombra hacia la lejanía  
Sin el nimbo radiante del deseo.*

*Todo tiene su precio. Yo he pagado  
El mío por aquella antigua gracia,  
Y así, despierto, hallando tras mi sueño  
Un lecho solo, afuera yerta el alba.*

*(Las Nubes)*





*e accel.* *mf* *a tempo*  
 ción, tal la son-ri - sa que brota des de un fresco labio huma - no *mf* *a tempo*  
 Olla su for ma gra -

*mf* *rall. molto* *a tempo*

ciosa nunca en gaña: nada pro-meter que des-pues traicionen.

*pp*

*mp*  
 O! marchar victoriosos a la muerte sortosos en un momento y fragiles el tien poen tu pñalos - si ni un instante!

*poco a poco cresc.*

*mf* *f* *mp* *rall*  
 canza no me para les fímoro que es bello a ser vivante les oja me-mo - ria .

*mf* *cresc* *rall* *mp* *a tempo* *poco rall*

## EL AGUILA



La luz eterna baja enamorada  
Hasta su obra. ¿Crees que los dioses  
Asisten impassibles en su gloria  
A los actos del tiempo? Vuestras vidas  
Recrean nuestro ocio, como al hombre  
Recrean las ficciones del poeta;  
Y el llanto y el afán, para nosotros  
Gestos vacíos sobre faz pintada,  
Pueden subir, cuando en la voz humana  
Suenan con la verdad de acorde puro,  
A las estrellas altas su agonía  
Que los dioses aplauden. Y esas almas  
Se yerguen dignas del laurel amargo,  
Según nuestro deseo o nuestra envidia,  
Tal bufones ilustres de los dioses.  
Es ajeno a vosotros el hastío  
De sentirse inmortal. Como las nubes  
Ante el disco tranquilo de la luna,  
Así las almas de los hombres pasan  
Ante los ojos claros de los dioses,  
Para dejar tan sólo en el vacío  
Brillar más puro el resplandor celeste.

Te descubrí, parejo al chopo tierno  
De esbelta plata verde estremecida  
Al viento matinal junto a la fuente,  
Jugando por los prados de la tierra.  
Tus ojos dulcemente contemplaban  
La nube gris y húmeda que asciende  
El aire soberano, diadema  
Azul de las montañas, donde el ave  
Entre la nieve virgen tiene nido.  
Tal hortelano fiel mira la planta  
Crecer alta y pomposa día a día,  
Lleno de gozo y esperando el fruto,

*Así yo te miré. Tu edad estaba  
Florida de esa gala que los hombres  
Ostentan sólo un día, en los umbrales  
De juventud. A la luz ya te abrías,  
Como a lluvia de abril la violeta  
Blanca, con embeleso solitario.  
Y al mirarte pensaba en las futuras  
Áridas estaciones, despojando  
De armonía tu cuerpo liso y rubio  
Nutrido por las gracias musculares.*

*Tú no debes morir. En la hermosura  
La eternidad trasluce sobre el mundo  
Tal rescate imposible de la muerte.  
Así rescata el sol, con melodía  
De luz purpúrea entre las cimas altas,  
Las sombras imperiosas de la noche,  
Con la nostalgia de dejar la vida  
Cuando está más hermosa. ¿Es la hermosura,  
Bajo forma carnal divina idea,  
Hecha para morir? Vino de oro  
Que dioses y poetas embriaga,  
Abriendo sueños vastos como el tiempo,  
Quiero hacerla inmortal. Amor divino  
Sombras de espacio y tiempo pone en fuga.  
Mira la altura y deja que te envuelva  
La mirada luciente de los dioses:  
Eterno es ya lo que los dioses miran.  
Asciende en el abrazo de mis alas  
Por la escala estrellada de los aires,  
Tendiendo tu hermosura inmarcesible  
Al pie del dios, como la rosa joven  
A la sombra sagrada de los cedros.*

*(Como quien espera el alba)*

#### OTROS TULIPANES AMARILLOS

*Primavera con niebla, amarga, sin perfume,  
De verde y gris tan vago tal si el halo  
De plata que la envuelve luz no fuese,  
Mas sueño; deshecha en lluvia leve  
Moja piedra e hierba, sobre la tierra anima  
Tulipanes dorados, cuyo color más vivo  
Es como s6n perdido por el aire sordo.*

*¿D6nde recuerdas tú de otra primavera,  
En otra tierra y tiempo, mojada como 6sta*

Con lluvia leve, como ésta cifrada:  
En otros tulipanes amarillos?  
Entonces algo más florecía, aunque no en tierra;  
En alma. Tanta luz amarilla duele ahora,  
O ¿no será el recuerdo lo que duele?

Es cruel la primavera joven, precipita  
El alma por el viejo camino de los verros,  
Con ramas de cerezo florido la enajena,  
Con viento del sur tibio la extravía.  
Mas ésta que tu pecho inerte siempre  
Toca ahora, como el ala un vidrio,  
No te seduce ya con presagios ilusorios,  
Sino con unos ecos, con algunos recuerdos.

Así te vuelve hoy aquella sombra  
Lejana, que por una lejana primavera,  
También gris y amarilla, quiso amarte  
Con capricho egoísta, como el hombre ama  
En un mundo incompleto (y aún es mucho);  
A quien la mano de la muerte puso en fuga  
Como la mano nuestra en fuga pone al pájaro.

Nuestra vida parece que está aquí: con hojas  
Seguras en su rama, hasta que nazca el frío;  
Con flores en su tallo, hasta que brote el viento;  
Con luz allá en su cielo, hasta que surjan nubes.  
Tal vez por un momento cierto te creyeras  
En el mundo del hombre, si no fuese  
Por aquel otro mundo de las sombras  
Que al cuerpo lo consume como a luna menguante.

¿Qué empresa nuestra es ésta abandonada  
Inútilmente un día? ¿Qué afectos imperiosos  
Éstos con cuyos nombres se alimenta el olvido?  
Ya en tu vida las sombras pesan más que los cuerpos.  
Llámalos hoy, si hay alguno que escuche  
Entre la hierba sola de esta primavera,  
Y aprende ese silencio antes que el tiempo llegue.

(Como quien espera el alba)

## PANTERA

Su esbelta negrura aterciopelada, que semeja no tener otro peso sino el suficiente para oponerse al aire con resistencia autónoma, va y viene monótomamente tras de los hierros, ante quienes seducidos por tal hermosura maléfica allá se detienen a contemplarla. La fuerza material se sutaliza ahí en gracia dominadora, y la voluntad construye, como en el bailarín, un equilibrio corporal perfecto, ordenando cada músculo exacta y aladamente, según la pauta matemática y musical que informa sus movimientos.

No, ni basalto ni granito podrían figurarla, y si sólo un pedazo de noche. Aérea y ligera lo mismo que la noche, vasta y tenebrosa lo mismo que el todo de donde algún cataclismo la precipitó sobre la tierra, esa negrura está iluminada por la luz glauca de los ojos, a los que asoma a veces el afán de rasgar y de triturar, idea única entre la masa mental de su aburrimiento. ¿Qué poeta o qué demonio odió tanto y tan bien la vulgaridad humana circundante?

Y cuando aquel relámpago se apaga, atenta entonces a otra realidad que los sentidos no vislumbran, su mirada queda indiferente ante la exterior fantasmagoría ofensiva. Aherrojada así, su potencia destructora se refugia más allá de la apariencia y esa apariencia que sus ojos no ven, o no quieren ver, inmediata aunque inaccesible a la zarpa, el pensamiento animal la destruye ahora sin sangre, mejor y más enteramente.

(Ocnos)

## EL INDIO

Con sus hijos a veces, otras solo; vendiendo algo que parece no importarle, o sin pretexto para su presencia inmóvil; descalzo y en cucullas sobre el polvo, el sombrero de paja escondiendo los ojos, donde acaso pudiera adivinarse lo que siente y lo que piensa, mirale.

Cayeron los amos antiguos. Vencidos a su vez fueron los conquistadores. Se abatieron y se olvidaron las revoluciones. Él sigue siendo el que era; idéntico a sí mismo, deja certarse, sobre la agitación superficial del mundo, la haz igual del tiempo.

Es el hombre a quien los otros pueblos llaman no civilizado. Cuánto pueden aprender de él. Ahí está. Es más que un hombre: es una decisión frente al mundo. ¿Mejor? ¿Peor? Quién sabe. Tú, al menos, confesas no saberlo. Pero allá en tus entrañas le comprendes.

Mirale, tú que te creíste poeta, y tocas ahora en lo que paran tareas, ambiciones y creencias. A él, que nada posee, nada desea, algo más hondo le sostiene; algo que hace siglos postula tácitamente. Lástima que el azar no te hiciera nacer uno entre los suyos.

Demasiado sería pedir su descuido ante la pobreza, su indiferencia ante la desdicha, su asentimiento ante la muerte. Pero gracias, Señor, por haberle creado y salvado; gracias por dejarnos ver todavía alguien para quien Tu mundo no es una feria demente ni un carnaval estúpido.

(Variaciones sobre tema mexicano)

## OBRA DE LUIS CERNUDA

### VERSO

Perfil del Aire, *Colección Litoral*, Málaga 1927.

Donde habite el olvido, *Signo*, Madrid 1935.

El joven marino, *Colección Héroe*, Madrid 1936.

La realidad y el deseo, *Cruz y Raya*, Madrid 1936; segunda edición, aumentada, *Séneca*, México 1940.

Las nubes, *Colección «Rama de Oro»*, Buenos Aires 1943.

Como quien espera el alba, *Losada*, Buenos Aires 1947.

### PROSA

Ocnos, *The Dolphin Press*, Londres 1942; segunda edición aumentada, *Insula*, Madrid 1949.

Tres narraciones, *Imán*, Buenos Aires 1948.

Variaciones sobre tema mexicano, México 1952.

### TRADUCCIONES

*Holderlin*: Poemas, *Séneca*, México 1941.

*Shakespeare*, Troilo y Crésida, *Insula*, Madrid 1953.

## COLABORAN

LUIS CERNUDA  
FEDERICO GARCIA LORCA  
VICENTE ALEIXANDRE  
MANUEL ALTOLAGUIRRE  
JOSE MARIA PEMAN  
ADRIANO DEL VALLE  
JULIO AUMENTE  
JOSE ANTONIO MUÑOZ ROJAS  
FERNANDO QUIÑONES  
JOSE LUIS CANO  
RICARDO GULLON  
ENRIQUE AZCOAGA  
MANUEL ALVAREZ ORTEGA  
VICENTE NUÑEZ  
LEOPOLDO DE LUIS  
RICARDO MOLINA  
JUAN BERNIER  
PABLO GARCIA BAENA  
MARIO LOPEZ  
SALVADOR MORENO

## PORTADA Y VIÑETAS

de

MIGUEL DEL MORAL

Suscripción anual: 90 ptas.

Suscripción anual de honor: 250 ptas.

Suscripción anual en el extranjero: 5 dól.

Precio del ejemplar: 35 ptas.

Dirección y Admón.:

Coronel Cascajo, 26.

Córdoba

(España)



CELESTE  
CORDOBA  
ENJUTA

